

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

CAFE CON YAMA-ZUKI



HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

CAFÉ CON YAMA-ZUKI (M. P. SAVAGE-9)

Colección ¡KIAI! n.° 33
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

28 — *La flor del cerezo,* Lou Carrigan.

29 — *Su majestad la gasolina,* Ralph Barby.

30 — *Locura púrpura,* Curtis Garland.

31 — «*Miss Fantasma*»*,* Clark Carrados.

32 — *El hombre de Oriente,* Lou Carrigan.

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 25.319 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: agosto, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Superman Joss había estado corriendo junto a la costa, pisando el agua salada, que lamía la arena y saltando sobre las rocas.

Había oteado el horizonte con una ansiedad febril, neurótica. Su boca estaba entreabierta y por las comisuras escapaban hilos de baba, que reflejaban que aquel hombre estaba al borde de la locura. Sólo le faltaba un paso para caer en el abismo sin fondo de una psicopatía irreversible.

Buscó en el horizonte marino con avidez y sólo vio la línea casi difusa donde, al final, el mar se fundía con el cielo. Por allí no había escapatoria; sin embargo, lanzóse al agua y nadó.

A medida que se alejaba de la costa, tomó más y más miedo. No era un cobarde, aunque ya estaba degradado, lo sabía. La espalda le dolía terriblemente; llevaba unas fijaciones metálicas en sus vértebras que habían evitado que se convirtiera en un paralítico.

Regresó a la playa exhausto. Quedó tendido bajo el sol y golpeó la arena húmeda con sus puños. Era una rabia feroz que se transformaba en auténtica desesperación.

Cuando se hubo recuperado, en parte, se levantó y echó a andar, alejándose de la costa. Subió a una colina, el suelo estaba verde, la hierba crecía salvaje v limpia.

Se fijó en aquel extraño templo abierto a todos los vientos, a todas las creencias, a todas las religiones. Era un templo singular, sin paredes. Sólidas columnas de piedra sostenían una gran cúpula circular y sobre la misma, como coronándola, estaba el campanario. Por la cúpula caminaban palomas blancas que vivían en paz, que se amaban o emprendían el vuelo si les parecía oportuno, sin que nadie las molestase.

Anduvo hacia el *Templo de las Meditaciones* que dominaba el área de influencia de *Liberty Garden.* Aquel lugar era una especie de paraíso, mas *Superman* Joss buscaba otra clase de paraíso, buscaba el paraíso artificial que sólo conduce a la muerte, a la destrucción de quienes se sumergen en él.

Abundante y escogida vegetación rodeaba y se internaba en el *Templo de las*

Meditaciones, plantas de flores perfumadas, flores llenas de colores que eran un deleite para la vista; mas *Superman* Joss no miraba las flores, no miraba aquellas plantas que se metían en el *Templo,*

creado por hombres pero que no dejaba fuera las plantas, las aves, los peces o los animales que pudieran adentrarse en él. No era como los oscuros templos donde todo parecía siniestro; allí todo era armonía, luz, apertura al cielo, a la Naturaleza.

El suelo estaba cubierto con grandes losas de piedra y en las separaciones entre piedra y piedra nacía la hierba feraz. Había separaciones más grandes, donde podía arraigar un *ficus* o un *filodendrus* o se formaban pequeños canales por cuyas aguas se deslizaban carpines dorados, colas de velo, peces que vivían en paz.

Superman Joss, profundamente fatigado, se detuvo junto a una de las columnas del extraño templo sin grabados ni imágenes de clase alguna, sin símbolos; todas las creencias tenían cabida allí. Cada cual tenía sus propias imágenes dentro de la propia mente, de esta forma nadie imponía nada al prójimo, hermano en el Planeta Azul en el que todos vivían y cada cual se sentía tranquilo con sus ideas, sabiendo que nadie se iba a entrometer en ellas.

Superman Joss era un hombre ya maduro. El cabello escaseaba sobre su cráneo y en las sienes ya se veía plateado. Era de estatura media, tirando a alto, y se notaba que había sido fornido, mas ahora estaba muy lejos de ofrecer el aspecto que tuviera en sus años de gloria, de éxito.

Tenía dramáticas bolsas bajo los ojos, en las mejillas, y las comisuras de los labios se arqueaban hacia abajo. Sus músculos habían adelgazado y hecho fláccidos mientras el estómago y el vientre se le habían abultado.

Vio a varios jóvenes de ambos sexos sentados o arrodillados en distintas posturas. Utilizaban las técnicas *Zen* y *Yoga* para dominar sus cuerpos y adentrarse en sus meditaciones, en sus oraciones, sin importar que cada uno de ellos tuviera una creencia o ideología distinta.

Vestían *saris* de colores claros en los que predominaba el blanco. Los cabellos los llevaban más bien largos, naturales en su crecimiento. Los había rubios y negros como el azabache.

Allí nadie hablaba con nadie, no se molestaba al compañero que podía estar delante, detrás, a la derecha o a la izquierda. Se respetaba profundamente la meditación de todos y de cada uno.

Superman Joss, que no se veía integrado en la común hermandad de *Liberty Garden,* resultaba un intruso por su aspecto, por su valentía, por su postura y por su degradación a todas luces visible.

—Vosotros sois como *hippies,* sí, eso es, como *hippies*... ¿Tenéis un poco de droga? No importa cuál sea, aceptaré, sí, aceptaré lo que me deis. La necesito, ¡¡la necesitoooo!! — rugió de tal forma, que las palomas blancas que se hallaban sobre la cúpula del templo alzaron el vuelo con un fuerte aleteo que casi semejó un aplauso.

Se transformaron en una especie de nube blanca que se alejó para no ir lejos, pues volaron en círculo y retornaron al lugar de paz del que habían partido, sobresaltadas.

—Por favor, por favor, aunque sólo sea un poco de *hierba* para fumarla. Algo, algo de droga, por mala que sea, pero algo... —suplicó, con temblores nerviosos y musculares.

Nadie le respondió. Era como si gritara a unas estatuas que semejaban seres vivos. Se enfureció y trató de dar una patada a uno de los jóvenes que se hallaban en meditación. Se llevó una sorpresa, pues cuando parecía que iba a dañarle con la patada, el joven en cuestión levantó su mano adecuadamente y desvió su pie con un *shuto-uke,* haciéndole perder el equilibrio y caer.

Superman Joss no podía creerlo. Volvió a levantarse y se lanzó sobre el joven. Este se dobló sobre sí mismo y *Superman* Joss pasó por encima de él llevado por su propio impulso.

Tuvo una mala caída, volvió a reincorporarse y metió un pie dentro de uno de los canalitos por los que discurría el agua y se deslizaban los peces, que se asustaron.

Superman Joss se sintió derrotado. Ya no era ni capaz de golpear a quien estaba en condiciones de ser atacado físicamente. Aquellos jóvenes, expertos *budokas,* podían desviar sus ataques, con pasmosa facilidad y ni siquiera se molestaban en replicarle con un contraataque; estimaban que no merecía la pena.

—Hermano, ¿quieres acompañarme?

Humillado, degradado, fustigado por la crisis que le ocasionaba la dependencia no satisfecha de la droga, levantó el rostro. Entre dos columnas vio una figura venerable que usaba un *sari* color naranja. Era un anciano de cráneo limpio de cabello, luenga barba blanca y mirada serena, amistosa.

—¿Qué quiere?

—Hermano, me gustaría que me acompañaras.

—¿Adónde, al infierno? ¡Si ya estoy en el infierno! ¡Quiero salir de aquí, quiero salir!

—Lo que tú necesitas es liberarte de tu enfermedad, de tu dependencia de ese paraíso artificial que muerde tus nervios y carcome tu mente llenándola de gusanos malignos. Sólo si haces un esfuerzo podrás liberarte. Ven conmigo, hermano.

Prácticamente extenuado, se reincorporó y anduvo hacia el anciano *sensei.*

Este echó a andar más ligero de lo que podía pensarse debido a su edad.

—¿Cómo se puede salir de aquí, viejo?

—Savage te trajo y Savage te dirá cuándo puedes partir.

—Savage, Savage, Savage... ¿Dónde está Savage?

—Pronto hablarás con él. Si Savage te trajo a *Liberty Garden,* ha debido ser por una gran razón; no suele traer invitados salvo en contadas ocasiones.

—¿Qué hacen aquí todos esos chicos, esto es un campo *hippy?*

—No. Aquí se medita, se vive; aquí se aprenden muchas cosas que el materialismo occidental desprecia por simple ignorancia e, incluso, desconfianza y temor. Aquí se forman grandes *budokas* que controlan su cuerpo y su espíritu y también se trabaja. Los muchachos que tú has visto trabajan la tierra, la madera o el acero; aquí hay talleres artesanales donde se puede hacer de todo, desde un prototipo de automóvil a la más delicada labor de mutación genética de una planta. Después, estos muchachos se reintegrarán al mundo del que han salido, pero lo harán de una forma muy distinta a como lo abandonaran. Ellos ayudarán, en lo posible, a que la convivencia entre los seres humanos que llenamos nuestro Planeta Azul sea cada vez mejor y más fraterna.

—No me venga con puñetas. Estoy lleno de calambres... Mire mis manos, mírelas, tiemblan, tiemblan... Necesito algo que me calme, cualquier cosa.

—De lo que tú buscas no hay nada en *Liberty Garden,* ninguna clase de droga nociva. No hay ni siquiera tabaco o alcohol.

—Pero, ¿qué diablos son ustedes: santones?

—No. Cualquiera de esos muchachos, cuando vuelva a su mundo para convertirse en un ciudadano más, pero siempre dispuesto a

defender al débil, al oprimido, para lo cual aquí se ha preparado en conciencia, podrá fumar o tomar algo de bebida si así lo desea. No hay prohibiciones, no hay más limitaciones que las que uno mismo se impone porque cada cual es dueño de sí, de su propia vida. Es libre en todo y para todo, siempre que no coarte o limite la libertad del prójimo.

Superman Joss no sólo no comprendía, sino que tampoco deseaba comprender. Su vida había sido agitada, aventurera, borrascosa, estaba muy lejos de poder alardear de tener una conciencia limpia.

El anciano *sensei* condujo al agotado y desmoralizado *Superman* Joss hasta el campo de *Kyudo*.

Moses Pacific Savage estaba allí junto a cuatro jóvenes que habían ido a presenciar el tiro con el arco. Savage practicaba todas las *Artes Marciales Orientales* y el *Kyudo* era una de ellas.

No era el tiro con arco una técnica que empleara usualmente en su vida de reportero *free-lance,* pero el *Kyudo* servía para una gran concentración, para conseguir un total dominio.

M. P. Savage vestía su *judogi* morado violeta con la flor del pensamiento en oro bordada en la espalda. Se hallaba sentado sobre su pie derecho con la pierna del mismo lado doblada hacia la derecha mientras la pierna izquierda permanecía plegada con la rodilla apuntando al cielo y la planta del pie afirmada en el suelo.

En aquella posición, mantenía tenso el *yumi*[1]. La flecha estaba perfectamente colocada y sujeta por los dedos del *budoka.* Nadie decía nada.

El hombre, en aquellos momentos, era parte del arco y la flecha. Todo era uno: Hombre, arco, flecha… Y a sesenta pasos de distancia, la diana. Entremedio, un campo de suave hierba.

M. P. Savage no movía ni uno de sus músculos, todo él estaba tenso y aunque pareciera paradójico, relajado a la vez. Nada iba a perder ni nada iba a ganar, sólo practicaba *Kyudo* y éste estaba muy lejos de parecerse al tiro con arco occidental, pues la concepción era distinta. Los occidentales tenían que conseguir cuantas más dianas mejor, era vencer o caer derrotado. En cambio, la técnica oriental buscaba dominarse a sí mismo y dominar el arco, concentrarse y sentirse parte del Universo, de tal forma que el espacio desapareciera. Si lograba tal concentración, el disparo resultaba tan fácil como coger la flecha con la mano y sin soltarla, empujarla contra la diana y clavarla en su centro.

Resultaba difícil para un occidental no avezado a la técnica del *Kyudo* y su espíritu. *Superman* Joss observó aquel extraño arco cuya mitad superior era más larga que la mitad inferior. Era un arco asimétrico, distinto a todos los arcos que él había visto en cualquier

casa de deportes o en los grabados, dibujos y pinturas de la antigüedad.

Anular, corazón e índice al mismo tiempo se separaron. Los tres dedos diestros dejaron escapar la flecha que, impulsada por la cuerda del arco, salió veloz en busca de la diana. Pese a los sesenta pasos de distancia, la flecha, con plumas en su base, quedó clavada justo en el centro geométrico de la diana.

M. P. Savage dejó el arco a otro de los jóvenes que allí estaban mientras una de las muchachas *budokas* iba a arrancar la flecha de la diana.

—¡Hola, *Superman* Joss! —sonrió Savage, haciéndole una ligera reverencia al estilo oriental.

—¡Estoy harto de estar aquí; quiero salir de este lugar!

—Tranquilízate, *Superman* Joss. El anciano *sensei* observó:

—Tiene el síndrome que provoca la necesidad por abstinencia de la droga.

—Se lo calmaremos. Necesitas sosegarte, *Superman* Joss.

—¿Cómo? Ya no soy un hombre perfecto. Fui campeón de acrobacia aérea, he hecho maravillas con avionetas en el aire... Me llamaron *Superman* Joss y me paseé por todo el mundo hasta que me hice pedazos y luego, a fumigar plantaciones, pero he sido grande, muy grande. Aún hay muchos que recuerdan a *Superman* Joss; ¡sí, sí, me recuerdan!

—Tranquilízate, *Superman* Joss, tranquilízate —le pidió Savage, con su voz profunda y amigable—. Tus pies se alzan del suelo.

—¿Qué dices ahora? —inquirió, con una mueca de agria perplejidad.

M. P. Savage colocó las palmas de sus manos sobre los hombros del tembloroso

Superman Joss.

—Te elevas, sí, te elevas en tu avioneta... Hay una nube, sólo una nube. Es blanca, algodonada; una nube que no resulta peligrosa y que te permitirá lucirte. Girarás alrededor de ella, está quieta y no hay Viento. El motor de tu aparato zumba, zumba... Vuelas, eres libre, muy libre, la avioneta responde perfectamente. ¿Te das cuenta, *Superman* Joss? Vuelas.

—Sí, sí, vuelo —asintió, tras haber dejado caer sus párpados y sonreír, satisfecho.

—Hace, un poco de frío, el tiempo es bueno, muy bueno, esto va bien, muy bien. Gira, gira alrededor de la nube. Es bonito...

—¡Sí, sí, muy bonito! —asintió excitado pero contento. Sudaba ligeramente.

—Continúa... Ahora darás la vuelta completa. Vamos, vamos, todo sigue bien. El motor tiene un ruido excelente y está bien

engrasado…

Moses Pacific Savage, con su presencia física, con sus manos, con su voz medida, con la mirada intensa que brotaba de sus pupilas verdes y brillantes, había impuesto su influencia, su poder mental superior al de *Superman* Joss, especialmente porque el ex acróbata aéreo estaba vencido, agotado, y se dejó llevar por aquella influencia que casi rayaba en el hipnotismo.

—Va bien, muy bien. Ahora, haré un lazo y después un picado en barrera que pondrá a todos los pelos de punta, los voy a dejar sin aliento. ¡Rummmmmm, bien, bien, ahora hacia abajo, en picado, la tierra se acerca, se acerca…! ¿Qué pasa, qué pasa? —Comenzó a demudar su rostro y sudó con fuerza; el pánico se iba apoderando de él—. ¡Está atascado, atascado, el timón no funciona, no cede, se ha atascado, me voy a estrellar, me voy a estrellar…!

—Ahora cede, cede —le dijo Savage—. ¡Cede, arriba, arriba…! ¡Lames el suelo pero arriba, ya está, ya está…!

Superman Joss respiró hondo con los ojos cerrados. Sonrió y pareció satisfecho, como si realmente hubiera hecho una gran demostración de acrobacia aérea en la que había estado a punto de estrellarse.

—Eres magnífico y arriesgado, *Superman* Joss. Tu demostración ha terminado; ahora aterriza suavemente, haz una demostración de tu pericia y habilidad.

—Sí, con mucha suavidad… Rummmm, desciendo, desciendo, todo va bien… Al fin, rumm, se acabó.

—Se acabó, *Superman* Joss. ¿Cómo te sientes ahora?

—Estupendamente, ahora me tomaría un trago de whisky.

—Ahora no, *Superman* Joss, ahora tomarás un refresco, una limonada. Una bebida alcohólica, después de la tensión, podría dañarte el estómago.

—Bueno, ¿por qué no? Brindaremos con una limonada, claro que sí.

—Ahora, abre los ojos y llena tus retinas de luz, *Superman* Joss, estás entre amigos. Abrió los ojos, estaba sonriente. Ya no tenía la crisis nerviosa ni los temblores anteriores.

—*Superman* Joss, ahora estás tranquilo y me vas a contar algunas cosas. Estoy preparando un reportaje, un gran reportaje, pero para llevarlo a cabo necesito que seas sincero y que si eres culpable de algo lo confieses. Después te sentirás mejor, mucho mejor contigo mismo.

—¿Qué quieres que te cuente, Savage? —te saqué de una clínica de New Orleáns; allá, un doctor amigo mío me contó que tenías problemas, muchos problemas y que habías mencionado cierto tema. Que si no liberabas tu conciencia jamás lograrías recuperarte.

—No sé nada, no me acuerdo de nada.

—¿No te dice nada la palabra *café?*

—Café, café, café... ¡Dios mío, qué puerco, qué repugnante soy! ¡Café, maldito café...! Se llevó las manos a la cara para ocultarse y echó a correr hacia la diana del *Kyudo.*

Unos quince pasos antes de llegar cayó al suelo sobre la hierba y comenzó a sollozar convulsivamente.

Aria, una joven vestida con *sari,* de largos y sedosos cabellos rubios, se le acercó y se arrodilló junto a él. Comenzó a hacer unas prácticas de digitopuntura sobre la espalda y nuca, tranquilizándole poco a poco, mientras *Superman* Joss mordía una palabra:

—Café. café. café. café.

CAPÍTULO II

La larga estación de las lluvias en el trópico del continente americano había terminado. Los ríos bajaban caudalosos y los inmensos pantanos se habían hecho más grandes.

Incluso, la vida se había renovado en ellos y las aguas parecían ahora menos pútridas.

Las hojas de los gigantes vegetales se veían limpias y la atmósfera también lo estaba, aunque no tardaría en imponerse el sol y levantar nubes de vaho que convertirían algunas zonas en neblinosas y molestamente bochornosas para los seres humanos, un bochorno al que los indígenas estaban habituados, pero que a los blancos no sentaba demasiado bien.

Extensas zonas del subtrópico habían tenido que soportar una fuerte sequía, sequía que había pegado duro en vastas áreas del Brasil, Ecuador, Colombia y hasta Venezuela.

Aquel año, las lluvias no habían estado bien repartidas y los plantadores latinoamericanos lo habían notado, acusándolo luego en sus economías, pese a que muchos de ellos eran latifundistas de nombre, ya que estaban controlados y dependían casi exclusivamente de financieras yanquis, financieras con gran poder y que unidas entre sí por intereses económicos, llegaban a cambiar hasta regímenes de Estado si las situaciones no les favorecían, importándoles muy poco lo que opinara la población afectada por sus maniobras, más económicas que políticas.

El *Spirit of Samurai* volaba casi a mil kilómetros por hora, surcando los cielos centroamericanos, pasando de las islas antillanas a las pequeñas naciones centro-americanas en dirección sur, como para adentrarse en el gran y lujurioso continente sudamericano, verdadera reserva de los terrícolas por su exuberante vegetación, su fertilidad y sus grandes riquezas naturales.

Juanito Chancleta, mediante un sistema complicado y altamente especializado de fotografía aérea, iba tomando fotografías desde la *Piper Jet,* el pequeño avión a reacción propiedad de Moses Pacific Savage.

Aria, la espléndida joven rubia, ágil y flexible, de aparente delgadez, suaves curvas y rostro agradable y siempre sonriente, ayudaba al portorriqueño con el equipo fotográfico.

Ellos, con sus ojos humanos, no podían ver nada concreto

directamente, no eran ojos como los del cóndor, y volaban a veinticuatro mil pies de altura; mas la cámara fotográfica iba impresionando película, ayudada por el valioso teleobjetivo «Nikon» de alta sensibilidad.

El propio Savage pilotaba el pequeño reactor llamado *Spirit of Samurai* y junto a él viajaba *Superman* Joss, el ex campeón de acrobacia aérea, que le iba señalando la ruta en lo que aparentemente sólo era un paseo aéreo a más de veinticuatro mil pies de altura.

—Esto sí es un buen pajarraco y no lo que yo utilizaba para mis acrobacias —sonrió

Superman Joss con sarcástica tristeza; estaba cansado de todo, hasta de vivir.

—Los tiempos evolucionan y la técnica aeronáutica ha avanzado más rápidamente que otras tecnologías.

—SS, yo me tenía que conformar con *Spitfires* equipados con motores «Rolls Royce» sobrantes de la pasada guerra y restaurados por mecanismos artesanos a costa de dólares; no te lo creerás, pero he volado hasta con *Zero* japoneses.

—¿Y qué tal iban?

—En ocasiones, cuando hacía caídas en barrera para darle espectacularidad a mi actuación, creía ser un auténtico *kamikaze.*

—En el verdadero sentido patriótico nipón; un *kamikaze* no es un simple suicida como se ha dicho en Occidente, es mucho más. Fueron hombres que dieron la vida por su patria, sin hacer preguntas ni objeciones, y la muerte no les llegaba por casualidad sino que sabían que iban a ella. En Occidente, en el llamado mundo libre, se ha dicho en muchas ocasiones que alguien ha muerto en el campo de batalla dando la vida por su patria y lo que sucedió es que se murió de disentería, metido en una trinchera repugnante.

—Pero, si estaba allí, dio la vida por su patria.

—Es cierto y por eso merece todo el respeto, pero ser *kamikaze* es mucho más, es saber que no hay escape, es ir a la muerte con el temple de los héroes, sin vacilar, sin mojarse los pantalones. Para el enemigo que recibe el impacto de un *kamikaze,* éste siempre es un sujeto repulsivo y odiado, mas todos los ejércitos suspiran por tener *kamikazes* en sus filas, aunque en los filmes subvencionados se diga lo contrario.

—Sí, es posible. En todos los ejércitos han habido *kamikazes,* lo que sucede es que en la mayoría de los casos, esos *kamikazes* han surgido de forma espontánea y los japoneses eran voluntarios preparados especialmente. En fin, aquellos tiempos ya quedan muy lejanos, yo los viví. Tú no habías nacido aún, Savage.

—Así es, yo no había nacido y el Planeta Azul sigue dando vueltas en torno al Sol como siempre y nosotros, sus habitantes,

peleando unos contra otros, empeñados en no encontrar la paz.

—El hombre de este planeta jamás vivirá en paz. Estamos podridos y desde el principio de los tiempos, desde el mismísimo Caín y Abel, nos estamos matando unos a otros. Cambiarlo es una ilusión, una utopía, jamás se conseguirá.

—Yo lucho porque cambie —dijo Savage—. Y todos los que están en *Liberty Garden* y a los que tú has podido ver, luchan por lo mismo.

—¡No lo conseguiréis nunca, nunca!

—No por eso desfalleceremos ni dejaremos de intentarlo. Todo el mundo ha de concienciarse de que el poder está en la voluntad de la mayoría, que si desea vivir en paz y hermandad total será pacífica. Las minorías ultra radicales harán daño, pero a la larga, aunque sea muy a la larga, irán a parar a donde corresponde.

—¿A la cárcel?

—No, a clínicas psiquiátricas que es su mejor lugar. En realidad, los ultra radicales son seres que se niegan a razonar, a comprender, a amar, y si se niegan será por algún motivo. A los psiquiatras, y no a los jueces, les tocará rehabilitarlos. En realidad, esos ultra radicales suelen estar manejados en muchas ocasiones, sin ellos saberlo, por la ideología del lucro de unos pocos.

—¿Tan fácil es resolver el problema del mundo? —preguntó *Superman* Joss, muy escéptico.

—No, por lo que te digo que es tremendamente difícil. Los que tienen dinero y poder pueden pagar a los Judas que venden o matan directamente a sus hermanos, como tú has hecho, *Superman* Joss.

El veterano ex campeón de acrobacia aérea bajó la cabeza y ocultó su mirada en las cartas de navegación aérea. Había admitido su culpabilidad y ahora trataba de redimirse.

M. P. Savage le estaba ofreciendo la gran posibilidad. Si lo conseguía, de lo cual tenía muchas dudas, podría llegar al ataúd que habría de encerrar sus restos humanos para la eternidad y yacer tranquilo, con una sonrisa en los labios.

Sí, había hecho un gran daño y ahora intentaba reparar los perjuicios causados, las miserias impuestas a muchos campesinos jornaleros que posiblemente verían morir a sus hijos de hambre.

—Se terminó —dijo Juanito Chancleta, con su inconfundible acento latinoamericano.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la hermosa y joven Aria, en la que destacaba una piel extraordinariamente blanca y suave.

—Voy a poner rumbo al aeropuerto internacional de Maiquetía —respondió Savage. Con la *Piper Jet* particular no fue difícil navegar a veinticuatro mil pies de altura sobre las aguas caribeñas hasta tomar contacto con la torre de control venezolana.

El *Spirit of Samurai* pidió permiso para aterrizar y le fue concedido, tras las comprobaciones de identificación internacional. Las ruedas aparecieron al desplegarse el tren de aterrizaje.

Tras pasar los trámites de aduana, salieron del aeropuerto separados por parejas. Aria se había convertido en la acompañante de *Superman* Joss. La joven se movía sin vacilaciones, con naturalidad. En *Liberty Garden* se había educado para ser ciudadana del mundo y no sólo de un país determinado, por lo que parecía hallarse en su propia casa.

Vestía unos *shorts* blancos de ropa tejana que hacía que los venezolanos la silbaran al pasar pese a la presencia de su acompañante *Superman* Joss.

Aria no se molestaba lo más mínimo por sentirse admirada, porque los hombres de sangre ardiente se fijaran en sus pechos altos y punzantes que empujaban la suave blusa de algodón, unos senos que no estaban apresados dentro de ningún sujetador y se alzaban y sostenían por sí mismos, en el vigor de su juventud.

M. P. Savage permaneció más tiempo en el aeropuerto para dar instrucciones respecto a un repaso técnico de la *Piper Jet.* Quería tenerla lista para que, en el momento preciso, pudiera despegar sin dificultades.

Luego, él y Juanito Chancleta abandonaron el aeropuerto de Maiquetía tomando un taxi que por la autopista de La Guaira salvó los veinte kilómetros que les separaban de Caracas.

El taxista les condujo a un establecimiento de la Avenida Urdaneta en el que un gran rótulo anunciaba: *Flash Foto.* Por las paredes aparecían varias placas publicitarias de *Valca, Kodak, Agfa* y otras.

Atendía el comercio una joven airosa y exuberante, de belleza cálida y morena y que por su estatura quedaba muy bien para Juanito Chancleta que la abrazó efusivamente.

—¡Savage, ésta es Margarita!

—Encantado de conocerte, Margarita. Juanito me ha hablado mucho de ti y veo que se ha quedado corto.

La muchacha no se sonrojó sino que sonrió más abiertamente. Rodeó a Savage por el cuello y le dio también un prolongado beso. Savage la dejó hacer mientras interrogaba con sus pupilas verdes a Juanito Chancleta. Este respondió:

—No te preocupes, es muy cariñosa, pero no se pasa de la raya. Hay que tomar su afectuosidad tal como viene, eso es todo.

—Bien, bien.

—Savage, ¿eres americano yanqui? —interrogó la espléndida venezolana.

—Digamos que soy ciudadano del mundo, pero si te refieres a si

mi nacionalidad es norteamericana, sí, lo es.

—Pues tienes una cara muy especial. ¿Tu madre era sudamericana? —preguntó

Margarita, interesada en los rasgos fisonómicos de M. P. Savage.

—No sé de dónde era; es posible que fuera japonesa. Lo cierto es que algunos rasgos de los nativos americanos tienen mucho de orientales, pero ¿qué importa eso?

—Claro, ¿qué importa? Acá en Venezuela, eso no importa nada, todas las razas nos mezclamos sin problemas.

—Juanito, me temo que tu Margarita te va a acaparar. Ándate con cuidado, de lo contrario no habrá quien te saque de la cama.

Los tres se rieron y después pasaron al laboratorio. Juanito Chancleta llevaba unos cuantos rollos de película fotográfica que había que revelar.

Juanito comenzó a trabajar, ayudado en lo que pedía por la bella y vivaracha Margarita que vestía una escotadísima blusa y una corta pollera roja.

M. P. Savage se despidió diciéndoles:

—Me voy al hotel. Cuando tengas el trabajo listo, te vienes, Juanito.

—De acuerdo, Savage, pero no podrá ser antes de unas cuatro horas. Tengo mucha tarea aquí…

Savage miró significativamente a Margarita y asintió:

—Me lo imagino y aprovéchalo bien, nunca se sabe si va a ser el último.

Abandonó el laboratorio fotográfico dejándolos solos, inmersos en la escala luz rojiza que todo lo cambiaba.

Afuera, en la calle, brillaba un sol espléndido.

—Eh, míster, ¿necesita un carro? —preguntó un taxista asomando la cabeza por la ventanilla al verle detenido en la acera.

—De acuerdo.

Subió al gran y lujoso «Chrysler»; Venezuela era una nación rica, el petróleo la diferenciaba de sus hermanas sudamericanas. En Ecuador, Colombia o Bolivia, los automóviles eran generalmente más viejos de modelo, o más desvencijados, debido al elevado costo de los repuestos; por contra, en Venezuela rodaban automóviles flamantes y ciertamente lujosos, aunque todos sus precios resultaban más elevados qué en sus hermanas sudamericanas.

—Andamos ya; piso la chancleta[2] y le llevo adonde me pida —le dijo el taxista caraqueño empleando su argot habitual.

—Al hotel Caribeño.

—Yanqui, ¿eh? Se le nota en el acento. Oiga, si necesita una *bunny-girl* de la mejor calidad y de la raza que más le guste, sólo tiene que decírmelo y yo se la mando. Género de primera especial, yo

conozco bien a los tipos selectos.

—No, gracias, a las conejitas las escojo yo mismo, compadre.

Se recostó en el mullido asiento del «Chrysler» para meditar sobre el gran reportaje que había emprendido. ¿Se volvería atrás *Superman* Joss, se dejaría arrastrar de nuevo por la esclavitud de la droga? ¿Se vendería como ya había hecho anteriormente?

Todo le preocupaba y aún más porque Aria, una de las muchachas *budokas* de *Liberty*

Garden, le acompañaba. Era la primera vez que la bellísima y rubia Aria salía al mundo, dejando atrás el paraíso que era *Liberty Garden* para enfrentarse a los problemas de un mundo sin piedad.

Si le ocurría algo desagradable a Aria, no iba a perdonárselo, Aria permanecería cerca de *Superman* Joss; conocía a fondo la digitopuntura y si *Superman* Joss entraba en una crisis por la dependencia física y psíquica que tenía con la droga, la muchacha intentaría suavizar sus crisis con los métodos orientales, debería procurar hacerle olvidar la droga a aquel hombre que se había dejado arrastrar por el paraíso artificial de los alucinógenos, afrodisíacos y euforizantes.

A Savage no se le escapaba que aquel reportaje sobre el café centro y sudamericano, iba a provocar un gran escándalo mundial cuando tirara de la manía si es que lo lograba.

El *affaire* del café, si es que existía, quedaría al descubierto. Por supuesto, no todos cuantos laboraban o comerciaban en el café se habían ensuciado las manos, pero sí había unos pocos que resultaban altamente peligrosos y que podían corromper al resto de los hombres y sociedades que trabajaban y vivían de tan codiciado fruto.

CAPÍTULO III

Desde un amplio y lujosísimo despacho de las oficinas de la *Latinoamericana de Importación y Exportación Sorilos, S. A.,* su dirigente en Venezuela, José Schneider López, estaba utilizando uno de los teléfonos que tenía sobre la amplia, funcional y aséptica mesa despacho; un teléfono que destacaba entre los demás por su color rabiosamente amarillo y en el que no aparecía ningún número de referencia. Era un teléfono totalmente privado y que no constaba en guía alguna, ni siquiera timbreteaba en las llamadas, pues cuando se hacía la llamada, sonaban unas notas musicales que nadie que no conociera aquel teléfono podría relacionar con él.

La llamada que estaba llevando a cabo era de tipo internacional y automática. José Schneider López hablaba con alguien que se hallaba en un país centroamericano; alguien que hablaba en forma directa y autoritaria, sin concesiones. José Schneider, un sujeto considerado como un déspota en su propia empresa, sólo hacía que asentir.

—Sí, sí, ha llegado de forma inesperada...

—Es peligroso —gruñeron al otro lado de la línea.

—Sí, sí, pero...

—No hay *peros,* es peligroso y todo lo que es peligroso hay que eliminarlo.

—Es que no está solo —observó, con cierto respeto, José Schneider con su acento siseante, propio del trópico americano.

—Averigua si ha contado algo.

—Va con una chica.

—Lleváosla, las mujeres sueltan la lengua con facilidad. No quiero tropiezos.,

Se escuchó el *clic* que indicaba que su interlocutor había colgado. Después, el sonido continuo de línea libre... José Schneider López respiró hondo y colgó su auricular amarillo.

Era un hombre que había rebasado la cuarentena. Tenía cabello abundante y algo plateado. No se teñía las canas, pues le parecía que así adquiría un aspecto más interesante respecto a los ojos femeninos.

Vestía una camisa suelta de mangas cortas, toda ella de seda y con un estampado multicolor. Sobre su labio superior lucía un frondoso bigote. Le gustaba jugar al tenis en su club, exclusivista y segregacionista económicamente, mas no había podido evitar que el

paquete de vísceras abdominales resultara demasiado abultado para ser estético, contrastando con las piernas excesivamente delgadas, lo que hacía que las perneras del pantalón se movieran como vacías cuando Schneider caminaba.

Pulsó una de las teclas del dictáfono y llamó:

—¡Charito!

—Sí, señor Schneider.

—Busca a Pizzotto, quiero verlo en seguida en mi despacho.

—Sí, señor Schneider.

Cortó la comunicación y *se* dispuso a aguardar, pensando en sus problemas, mientras miraba a través de los anillos de humo que escapaban por entre sus labios.

Fumaba un cigarrillo habano de a doce pulgadas, con una vitola que mostraba las siglas de la compañía.

José Schneider López había visto, sólo en una ocasión, a *Superman* Joss, un norteamericano que otrora fuera admirado por las acrobacias aéreas que realizaba con aparatos de la Segunda Guerra Mundial y con modelos incluso anteriores a la misma. Le había parecido un hombre acabado.

José Schneider recordaba muy bien el trabajo que se le había encomendado; luego,

Superman Joss se había dedicado a vivir bien, demasiado bien, con el dinero cobrado por su trabajo, mas *Superman* Joss tenía un vicio, un vicio muy caro, se dijo Schneider. El norteamericano era drogadicto.

Se comentaba que, en principio, tomó anfetaminas y cocaína para quitarse el miedo en las arriesgadas piruetas que realizaba en cacharros volantes que no merecían ninguna confianza Tras varios accidentes de los que escapó con vida milagrosamente, pasó a depender de la morfina que le aliviaba de los dolores que tenía en su columna vertebral que había sido intervenida. Y ya en los últimos tiempos, *Superman* Joss, esclavo de las drogas, tomaba verdaderos cócteles de las mismas, sin importarle demasiado su composición. Cualquiera, en su lugar, habría reventado con una de aquellas sobredosis infernales, mas *Superman* Joss había aguantado hasta que sufrió trastornos, notables y peligrosos, de conducta.

Un día fue sacado de un club nocturno metido en una camisa de fuerza; luego se supo que había escapado de la clínica psiquiátrica y ya se le había dado por desaparecido. Había dejado de ser un problema hasta ahora, que acababa de aparecer en Caracas cuando menos se le esperaba.

En realidad había desaparecido de una clínica de Florida, Estados Unidos, y el club nocturno donde fuera capturado era un local de Miami. Los loqueros habían sabido llegar ligeramente antes que la

policía local. Uno de los agentes de Sorilos había dado el telefonazo a tiempo y los agentes de Sorilos estaban repartidos por casi todos los países del globo terráqueo.

Se abrió la puerta y apareció Pizzotto, un hombre de estatura mediana, cuellicorto y con amplias espaldas capaces de resistir grandes esfuerzos. Pizzotto solía proteger sus ojos con gafas oscuras, vestía pantalón *beige* y camisa de manga corta dé color negro.

—¿Me llamaba?

—Sí.

—¿Hay trabajo?

—Sí.

—¿Urgente? Tenía yo una catirita que...

—Vamos, Pizzotto, no seas imbécil.

El italoamericano frunció el ceño tras las gafas; no le gustaba sentirse insultado, pero aguantó.

—De qué se trata?

—Escoge a dos muchachos y ve al hotel Caribeño. Allí se hospeda un norteamericano llamado Joss Brown. —¿Es algo especial?

—¿Te acuerdas de *Superman* Joss?

—Sí, claro, aquel loco que volaba con cacharros que rezumaban aceite.

—El mismo.

—No será problema encontrarle.

—Está con una chica.

—¿Guapa?

—Mis noticias son de que sí. Es rubia y se llama Aria.

—¿Una walkyria?

—Puede.

—Este trabajito será un placer.

—Prefiero que tú dirijas la operación, pero que no te dejes ver. El hotel Caribeño es grande y acude gente importante, no quiero escándalos.

—No habrá alboroto —aseguró Pizzotto.

—Eso espero; llevarás a la chica al *cottage*.

—¿Y a *Superman* Joss?

—*Superman* Joss es un drogadicto...

—¿Hay que eliminarlo?

—Sí.

—Pues bastará una sobredosis adecuada.

—Doble, y hasta triple, las puede aguantar.

—Pero, no creo que diez de la más pura heroína... —De acuerdo y no te dejes ver.

¿Comprendido?

—Sí, y la chica al *cottage*.

—Eso es. Cuando hayáis llegado, me telefoneas al club y me dices si hace buen tiempo.

—De acuerdo. ¿Y si la chica se pone tonta?

—¿Es que no sabes cómo domar una yegua, Pizzotto? ¡Vamos, vamos, me estás defraudando!

—¿Carta blanca?

—Sí.

—Eso me gusta más. ¿Y a los chicos que les digo de la cuestión plata?

—Que quedarán satisfechos.

—¿No hay cifra?

—De eso ya hablaremos.

—De acuerdo, todo irá bien.

—Es obligado que vaya bien, las órdenes vienen de más arriba. ¿Comprendes?

—Sí, no es un capricho de usted y si las órdenes vienen de más arriba, más empeño habrá que poner en el trabajo para que salga perfecto, pero a la chica, ¿para qué la quiere viva?

—Sólo para averiguar lo que ha podido soplarle *Superman* Joss.

—Si se trata de eso, será fácil, muy fácil. Las mujeres se resisten menos a soltar la lengua que los hombres. Tienen más que perder, especialmente si son bonitas.

Una hora más tarde, Pizzotto, al volante de un furgón, se detenía en el estacionamiento de servicios del hotel Caribeño. Se apearon dos hombres fornidos y de elevada estatura. Uno era mulato y el otro negro, sin mezcla alguna en su sangre. Ambos vestían pantalones y camisetas blancas con letras en la espalda en las que se podía leer: *Lavandería Alcatraz.*

Entre los dos llevaban un gran cesto de mimbre.

Cruzaron la puerta de servicios y con familiaridad, silbando, recorrieron un pasillo de paredes embaldosadas en dirección al montacargas.

—¿Adónde vais? —les interpeló un empleado del hotel, uniformado.

—A buscar ropa sucia —repuso el mulato.

—*¿Lavandería Alcatraz?*

—Sí —asintió el negro, silbando entretanto.

—No me engañáis, vosotros habéis venido a robar.

—No, a robar no —le dijo el mulato—, sólo a ajustar cuentas.

Sacó unos bolívares en billetes y se los metió en el bolsillo del uniforme. El empleado del hotel quedó desconcertado.

—¿Qué significa esto?

—*Ptsss...* —pidió el mulato cruzando su dedo índice sobre los gruesos labios.

Por su parte, el negro pasó significativamente su índice alrededor de su propio cuello al tiempo que gruñía:

—Si te vas de la lengua... Sólo somos unos *mandaos,* no es nada personal.

Temeroso, el empleado se alejó sin añadir una sola palabra. Al acercarse a la puerta que daba al exterior pudo ver el furgón de la lavandería y al italo-americano al volante, ocultando parte del rostro tras las gafas negras mientras fumaba un pitillo. Vaciló unos instantes acerca de lo que debía hacer y terminó sacando los bolívares de su bolsillo para contarlos.

Mientras, los dos falsos empleados de la no menos falsa lavandería ascendían en el montacargas con su gran cesto de mimbre. Sonreían y no parecían en absoluto nerviosos.

Llegaron a la planta séptima del lujoso hotel y se cruzaron con un par de huéspedes que no les prestaron la más mínima atención. Tenían todo el aspecto de dos verdaderos empleados de lavandería al uso.

Se detuvieron frente a la puerta que se les había indicado de antemano, pues el sistema de información costeado por José Schneider López, de la *Latinoamericana de Importación y Exportación Sorilos, S. A.,* funcionaba a la perfección.

El mulato sacó de su bolsillo una llave maestra y la introdujo en la cerradura, con sigilo. Hizo varios movimientos hasta que consiguió que la cerradura cediera, una cerradura vulgar, de hotel.

Caminando de puntillas, penetraron en la habitación. Había ropa sobre la cama y los armarios aparecían abiertos.

Los dos se hicieron gestos entre sí para acercarse al cuarto de baño de donde llegaban ruidos. De pronto, se puso en marcha el ruido de una máquina eléctrica de afeitar y los intrusos sonrieron entre sí.

Superman Joss se estaba afeitando cuando, a través del espejo, vio el rostro del negro. Rápidamente, se volvió y se encontró frente a un revólver de cañón corto y pavonado.

—Quieto, yanqui.

—¿Qué quieres? —preguntó el ex aviador, sin soltar la máquina que seguía funcionando.

—Deja la máquina y pasa a la habitación —le ordenó el negro, sin dejar de encañonarle.

Al descubrir al mulato, *Superman* Joss se preocupó todavía más. Ya eran dos hombres los que se habían introducido en la alcoba.

—¿Qué queréis? —insistió.

—Plata, ¿tienes plata? —preguntó el negro.

—No, no, bueno, sí, un poco, pero...

—¡Date la vuelta! —le ordenó el negro que le apuntaba con el revólver mientras el mulato se metía en el cuarto de aseo.

Cuando reapareció, llevaba entre sus manos una toalla mojada y retorcida.

—Tengo poco dinero, pero…

Superman Joss no pudo continuar; recibió un fortísimo golpe con la toalla mojada, un golpe en la nuca que no dejaba huella, pero que le hizo caer al suelo sin sentido.

—Vamos, a la cama.

Tendieron a *Superman* Joss sobre la cama, boca arriba.

El mulato sacó un pequeño estuche en el que llevaba una jeringuilla hipodérmica y varias ampolletas. El negro le observaba en silencio, mientras el mulato efectuaba la operación. Fue rompiendo ampolletas y succionándolas con la jeringa, una ampolla tras otra. El negro silbó, entre admirado y asustado.

—Va a ver el infierno de una vez por todas…

—De eso se trata —sonrió el mulato.

Sin colocar goma alguna en el brazo de la víctima para hacer sobresalir la vena en el pliegue del codo, la buscó y hundió la aguja en ella, sin preocuparse de desinfectar nada.

—Este tipo aún tiene callosidades, la policía no tendrá problemas para diagnosticar su muerte. Un vicioso que ha terminado, de una vez por todas, con una sobredosis…

Comenzó a oprimir el émbolo impulsando la dosis mortal de droga en la vena sin que *Superman* Joss pudiera reaccionar en contra, por hallarse inconsciente a causa del golpe con la toalla en la nuca.

Inmersos en la operación del crimen, el negro había guardado el revólver considerándolo innecesario, cuando se abrió la puerta del cuarto y apareció la esbelta y bellísima Aria que se los quedó mirando por un instante, desconcertada. Más, al ver lo que está ocurriendo, reaccionó de inmediato.

—¡Kiaiiii!

El mulato y el negro quedaron aturdidos por la sorpresa y la violenta reacción de la que parecía frágil mujer, que con su pie derecho por delante había volado materialmente, proyectando una *mawashi geri.* La patada en arco dio justo en la mano de la jeringuilla asesina.

El mulato acusó el fortísimo golpe en su mano y la jeringuilla salió volando para romperse en el choque contra el suelo.

El negro volvió a empuñar el revólver. El mulato, mientras se quejaba de su mano herida, le gritó:

—¡No la mates, a ella la quiero viva!

Aria no se quedó quieta, pese a hallarse ante dos hombres muy fornidos. La puerta de la habitación había quedado abierta.

—¡Kiaiiiii! —volvió a rugir, sacando toda su fuerza vital.

Desde lo alto de la cama, pisando incluso las piernas del

desvanecido *Superman* Joss, Aria lanzó un *ipponken* que alcanzó al mulato en la oreja. Este cayó hacia atrás, visiblemente aturdido por aquel puñetazo de dedo medio. No había esperado una reacción tan violenta por parte de una mujer joven y hermosa, de apariencia frágil y delicada.

El compañero negro entró en acción, queriendo golpear con la pistola a Aria, mas ésta saltó, evitando el golpe al tiempo que le lanzaba un *shuto uchi* que alcanzó en el cuello al negro, mas no de una forma plena que lo habría podido dejar fuera de combate. El negro enviado para asesinar se había movido a tiempo de evitar la contundencia del golpe de la mano-cuchillo de la mujer, que había buscado su garganta.

En aquel momento, delante de la habitación cuya puerta había quedado abierta, apareció una pareja algo más que madura y comenzaron a gritar esperpénticamente, provocando un gran escándalo.

El negro, viéndose perdido, haló del gatillo de su revólver. El disparo no alcanzó su objetivo, pues una *ashigatana* hábil y acertada, cazó la mano armada arrebatándole el revólver.

El pie-espada fue contundente y el negro, ante aquella furia rubia, echó a correr, máxime tras provocarse el gran escándalo levantado por los gritos de los ancianos que no sabían hacer otra cosa que chillar.

El mulato, ya repuesto del puñetazo, salió también al pasillo, golpeando a los viejos y haciéndolos caer.

Aria vaciló en correr tras ellos, mas prefirió quedarse junto a *Superman* Joss, volcándose sobre él. Ignoraba la cantidad de droga que le habían inyectado.

Aplicó su oído sobre el corazón del hombre y comprobó que éste latía de una forma infernal; se había acelerado de tal manera que parecía querer saltar del tórax.

El rostro había enrojecido y la respiración era agitada. Aria se volcó sobre el teléfono y llamó apremiosamente, mientras el cesto de mimbre aparecía tumbado.

En el *parking* de servicios, el furgón se puso en marcha con un gran acelerón mientras el mulato y el negro saltaban a la parte posterior del mismo, cerrando rápidamente la doble portezuela para desaparecer.

CAPÍTULO IV

El comisario Larrea, de la policía venezolana, examinó por enésima vez la documentación de Aria, su pasaporte, mientras ella permanecía sentada en una silla muy tranquila al otro lado de la mesa escritorio.

—Conque danesa, ¿eh?

—Sí, danesa. Ya ve que no he llamado a mi Embajada porque no lo he creído necesario.

—Sí, claro. Podía haber llamado; nosotros no se lo hemos prohibido.

—Es cierto, no me lo han prohibido. Puedo jurar sobre la Biblia que se han portado bien conmigo y, a su vez, deben admitir que he colaborado con ustedes.

—Es cierto. Podía haberse negado a la extracción de sangre para el consiguiente análisis.

—Es que no tengo nada que ocultar.

—Bien, bien —admitió el comisario, entrado en años y con la sabiduría de la experiencia a cuestas. Aquel hombre sabía ser duro cuando convenía y extremadamente amable, sin llegar a servil, cuando la ocasión lo requería—. ¿Insiste en que el hombre apodado *Superman* Joss le había dicho que le proporcionaría unos contratos?

—Sí, unos contratos y le hablaré con crudeza, no de prostituta y tampoco de simple *gogó*.

—¿De bailarina?

—Sí.

—Eso de bailarina resulta un poco ambiguo.

—Soy una bailarina clásica frustrada, y hago un intermedio. ¿No se ha fijado en esa especie de malabaristas de los instrumentos que tocan una flauta o un clarinete, encaramados sobre una silla que se sostiene sobre dos patas, mientras un conejo se les pone de pie sobre la cabeza? Sin embargo, esos artistas son capaces de tocar depuradamente un fragmento de una pieza clásica y, entonces, se llevan grandes aplausos de un público facilón.

—Sí, sí, los he visto. Cada semana aparece alguno por los canales de televisión; no triunfan como clásicos, pero…

—Exactamente, *pero…* Es honesto buscarse la vida con el trabajo, ¿no cree, comisario?

—Sí, claro. ¿Y dónde pensaban contratarla?

—No lo sé. *Superman* Joss me hablaba de amistades suyas que tienen mucha influencia. En Caracas corre el dinero fácil, este es un país rico, con porvenir.

—Bien, bien. ¿Hacían vida marital?

—Si fuera una latina, creo que ahora me sonrojaría, le diría unas cuantas cosas y hasta puede que le abofeteara; pero ya ve, soy norteuropea y estoy tranquila. Hace usted una pregunta y yo respondo que no, en absoluto, y si insiste por ese camino sí tendré que llamar a mi Embajada; no me gustan las calumnias.

—Bien, usted disculpe, comprenda que debo hacer preguntas. Los policías siempre interrogamos y no sé si ; sabrá que, pese a lo que digan las novelas de Agatha Christie, con preguntas se llega mejor a las soluciones que buscando colillas de cigarrillos o marcas de barras de labios.

Sonó el timbre de un teléfono que había sobre la mesa y sin dejar de mirar el rostro hermoso y los ojos maravillosamente grandes y azules de Aria, descolgó el auricular y respondió a la llamada.

—Comisario Larrea, ¿diga?

Alguien habló al otro lado de la línea sin que Aria pudiera llegar a oír nada. El comisario insistió:

—¿Seguro...? Bien, bien. —Y colgó.

—¿Se refería a mí? —preguntó la joven.

—Sí.

—Es usted sincero.

—Me gusta serlo, máxime cuando tengo ante mí a otra persona que, además de sincera, es tan hermosa como usted.

—Gracias.

—¿Quiere saber lo que me ha dicho?

—Seguro que le han hablado de mi análisis de sangre.

—Veo que, además de linda, es inteligente.

—¿Por qué ha de sorprender tanto que una mujer pueda ser inteligente?

—Será un concepto machista y ya es hora de que vayamos corrigiendo prejuicios.

—En eso estoy de acuerdo.

—Bien, señorita Aria, me han confirmado lo que usted ha dicho: No hay una sola señal de ninguna clase de droga en su sangre, ni siquiera se le han encontrado restos de alcohol. Es usted una joven totalmente sana en cuanto a costumbres se refiere.

—Me satisface que haya quedado usted tranquilo al respecto, comisario. Es tan fácil sospechar de una mujer joven, y dicen que bonita, cuando va por el mundo buscando trabajo en el campo artístico.

—Me hace sentir estúpido; sin embargo, no puedo molestarme

contra usted.

—¿Podré marcharme, ahora?

—Sí. —Volvió a mirar el pasaporte y al fin preguntó—: ¿Y qué piensa hacer ahora?

—No lo *sé.* Pasaré algunos días como turista por Venezuela y si encuentro algún trabajo no dejaré de aprovecharlo. Creo que la televisión de ustedes paga bien.

—Si quiere que yo haga alguna llamada en su favor.

—No es preciso, tampoco me gustan demasiado las recomendaciones, luego cuestan caras.

—Tengo entendido que es usted una *karateka* excepcional. Los testigos de lo ocurrido han declarado que usted sola pudo con dos hombres fornidos.

—No es mala cosa saber *Karate* cuando los hombres opinan que una es bonita. Y *Superman* Joss, ¿cómo sigue?

—Mal, en coma profundo. ¿Sabe usted que era un drogadicto crónico?

—Lo sospechaba —dijo ella, ambigua.

—¿No trató de iniciarla en la droga?

—No.

—Bien, tome su pasaporte. Si necesita algo de mí, llámeme. Este asunto parece cosa de drogadictos; quizá debía dinero a quienes le proporcionaban la droga y éstos trataron de ajustarle cuentas. *Superman* Joss era ya un hombre acabado. Escapó de una clínica psiquiátrica en Estados Unidos, me lo ha comunicado el embajador norteamericano. Hay que tener cierto cuidado con él, es norteamericano y usted danesa, todo un asunto internacional.

—El mundo cada vez se hace más pequeño, y casi lodos los asuntos se vuelven en seguida internacionales.

Con todo en regla y sin problema aparente alguno, Aria abandonó la comisaría de policía.

Se acercó al bordillo de la acera y levantó la mano para detener un taxi que se aproximaba en aquellos momentos por el asfalto, cerca de la acera. Subió al vehículo y le preguntaron:

—¿Adónde la llevo, señorita?

—Al hotel Caribeño.

—¡Pisando la chancleta llegamos en seguida, señorita!

El lujoso carro se deslizó raudo por el asfalto de las amplias avenidas de la ciudad. Las Torres del Silencio, del Centro Simón Bolívar, se elevaban airosas sobre los restantes edificios.

El taxi se acercó a la acera y se detuvo frente a un semáforo. Su luz quedó a la vista de la joven y a ésta le extrañó que estando verde, el coche se hubiera detenido, mas ya era tarde para reaccionar.

Se abrieron las dos portezuelas de los asientos posteriores a un

tiempo, y saltaron al interior del auto dos hombres a los que Aria ya conocía: el negro y el mulato. Hubiera querido reaccionar, mas el espacio para moverse no era suficiente y cada uno de los dos hombres la sujetó por un brazo.

—Esta vez no te vas a lucir, mariposa —gruñó el mulato propinándole un maligno codazo en el hígado que doblegó dolorosamente a la joven.

Atrapada, sujetada, encerrada en el falso taxi, no pudo impedir que se la llevaran.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó, con la cabeza inclinada hacia delante, ocultándole el rostro los largos cabellos rubios.

—Ya lo verás cuando lleguemos —le respondió el negro.

—Yo tendré el honor de ser el primero en gozar de ti. Eres una catira[3] blanca, muy blanca, nunca he visto a una mujer de piel tan blanca como tú.

Le acarició la espalda y los brazos y quiso acariciar más con su manaza libre buscando introducirla dentro de la blusa.

Aria le mordió en el brazo ya que no podía aplicarle ningún golpe de mano o pie.

—¡Cerdo!

—¡Maldita, ya verás luego!

En aquel instante, cuando el taxi se disponía a tomar una curva, sonó un claxon muy fuerte, pero sus claxonazos tenían un sentido. Uno largo, dos cortos y otro largo…

Aria, inclinada hacia delante, por tener ambos brazos retorcidos, apoyó su cabeza contra el acolchado de los asientos delanteros y así se dispuso a esperar lo que pudiera suceder, que intuía iba a ser violento.

Por detrás del falso taxi se acercó un gran coche, un auto singular tipo *ranchera* que tenía una marca única en todo el mundo porque en sí mismo era un coche único. Era el «Daymio» propiedad de Moses Pacific Savage, un coche blindado, aunque no lo pareciera a simple vista, y reforzado con los mejores aceros.

Tenía tres ejes y seis ruedas independientes con tracción y suspensión en todas y cada una de ellas, un coche con suspensión hidroneumática manejable a voluntad y capaz de elevar la carrocería a casi tres pies de altura para rebasar obstáculos que coches normales no podían salvar.

Aquella suspensión hidroneumática podía utilizarse sólo en su parte posterior o en la anterior para nivelar el centro de gravedad y así subir o bajar escaleras sin problemas, todo ello gracias a la potencia de su motor de siete litros de cubicaje.

El gran «Daymio» era quien había enviado las señales acústicas y al volante había un japonés, un japonés excepcional. Aquel automóvil, de pronto, con un runruneo muy fuerte, sufrió un fortísimo acelerón,

lo que en pocos metros le hizo pasar de setenta kilómetros hora a ciento cuarenta. Pero, aquella velocidad, no fue utilizada para rebasar al taxi-trampa, sino para embestir contra él por su parte posterior.

El parachoques delantero del «Daymio» chocó contra el parachoques posterior del taxi

«Mercury» y, por debajo del parachoques del «Daymio», asomaron dos gruesos garfios de acero accionados por una palanca movida por el conductor japonés que atenazaron al taxi, de tal modo, que quedaron pegados los dos parachoques tras la violencia del impacto.

El fabuloso poder del «Daymio» se impuso, máxime por la tracción de sus seis ruedas.

Tras hacer saltar dentro del «Mercury» a quienes viajaban en él, incluida Aria que alertada por los claxonazos se había colocado de forma que evitaba la dureza del coche, el taxi se vio empujado fuera de la calzada. Subió a la acera, se llevó por delante el poste metálico de una señal de tráfico y unos setos y luego se metió por un parterre. Terminó estrellado contra una pared pétrea.

El choque contra una pared ciega, posiblemente de un gran supermercado, fue violento. Se escuchó el chirriar de los hierros al retorcerse y los cristales al hacerse añicos. Todo fue ruidoso pero breve.

El «Mercury», antes flamante y lujoso, había quedado arrugado y tras él, el «Daymio» estaba intacto.

Ricky, el gigante japonés, quitó el resorte que había hecho salir los ganchos por debajo del parachoques y éstos se ocultaron. Colocó marcha atrás y se separó de la chatarra en que se había convertido el «Mercury» que perdía aceite y gasolina, que se desparramaba por el césped del parterre.

Ricky saltó del gran «Daymio». Sus dos metros diez de estatura y sus ciento ochenta kilos de peso aplastaron la hierba.

Llegó junto al «Mercury» y arrancó de cuajo una de las portezuelas. Agarró por la quijada al sicario negro y éste salió en volandas fuera del coche mientras el chófer salía por una ventanilla rota, sangrándole el rostro.

Ricky cogió a Aria que había quedado aturdida por la violencia del choque, pese a que se había prevenido. Mientras la sacaba, el mulato que se había salvado, en parte, reaccionó sacando una pistola.

Mas, no llegó a usarla y sí se enteró de súbito, de improviso y de una vez por todas, de lo que era un puñetazo de *Kempo,* el boxeo oriental. Pero, aquel puñetazo de *Kempo* llevaba tras de sí nada menos que ciento ochenta kilos de masa, carne y huesos; nada de grasa.

Ricky no sólo era campeón de *Sumo,* el deporte nacional japonés, si no un as del boxeo oriental.

El sicario mulato se enteró, pero ya era demasiado tarde para explicárselo a nadie más… Su cabeza salió por la ventanilla opuesta y si no rodó sobre la hierba fue porque su cuerpo no pasó por la ventanilla.

—Vamos, va-vamos, A-Arie —dijo Ricky, con su habitual dificultad para hablar.

Ricky, el genio de las Matemáticas, el hombre bueno por excelencia, el gigante que siempre sonreía, con sus enormes manazas consiguió sacar a la rubia walkyria. Se la llevó en volandas, como una especie de King Kong amarillo.

Cuando Ricky introdujo a Aria dentro del «Daymio», comenzaba a escucharse una sirena lejana y varios curiosos observaban a distancia.

El gran «Daymio», manejado por el japonés, regresó al asfalto dejando allí al

«Mercury» y a los dos sicarios. Cuando llegó la policía se encontró con el falso taxi que tenía toda la apariencia de haberse salido de la calzada por un exceso de velocidad para terminar chocando contra la pared del supermercado.

Los curiosos se dispersaron y nadie deseaba meterse en problemas; la situación tenía todo el aspecto de un ajuste de cuentas.

CAPÍTULO V

Moses Pacific Savage había alquilado el ático de un moderno edificio de apartamentos. El ático tenía un moderno salón que daba a una amplia terraza ajardinada donde se podía tomar el sol y bañarse en una pequeña piscina dé agua constantemente purificada.

Desde allí podía contemplarse una bella panorámica de la ciudad y del río Guaira.

En una habitación, Margarita, la espléndida venezolana, cuidaba de Aria, que seguía un tanto aturdida. La violencia del choque había sido grande; Ricky resoplaba como una marsopa metido en la piscina, que aún parecía más pequeña estando él dentro.

Juanito Chancleta y Moses P. Savage se hallaban sentados frente a una mesa en la que había un montón de fotografías y mapas de Latinoamérica, desde el Uruguay hasta México.

—Todo lo explicado por *Superman* Joss coincide —observó M. P. Savage.

—Sí, ese sujeto se acordaba bien de la ruta, pese a que con su avioneta ha volado la zona siempre a pocos metros de altura.

—Los fumigadores de plantaciones suelen volar a baja altura. Algunos de ellos, incluso, se estrellan contra la copa de algún árbol que aparece en mitad de una plantación.

—En ocasiones también depende de si la fumigación ha de ser, baja o alta, según el plaguicida a emplear.

—Las fotografías se encadenan unas a otras, le ordenaron fumigar una gran extensión a una altura desacostumbrada, por encima de los trescientos pies.

—Lo que hacía que la dispersión del plaguicida fuera más grande y atacara con mayor amplitud.

—Exacto. *Superman* Joss, según nos indicó, fue de país en país, siguiendo una ruta que le marcaban. Tomaba tierra en los puntos señalados previamente y siempre encontraba a un nativo o dos que le proveían de alimentos, carburante para la avioneta y le llenaban el depósito de plaguicida que él abría en la presión que le habían indicado.

—Los que le encomendaron el trabajo sabían muy bien lo que se llevaban entre manos

—observó Juanito Chancleta—. Estas fotografías lo demuestran.

—Servirán para el reportaje escándalo sobre el *affaire* del café —le dijo Savage.

—Unas fotografías no son suficiente prueba.

—Ya lo sé; tampoco podría llevarlos a ningún tribunal. Sólo puedo denunciar a la opinión pública lo que ha sido este asunto. Yo no soy la Ley ni la Justicia y muchísimo menos cuando el *affaire está* internacionalizado. —Suspiró ligeramente y añadió—: El trabajo lo hizo justo antes de las lluvias. Los cafetos de los grandes cafetales fueron enfermando, luego vinieron las lluvias y las hojas terminaron de caer. Los cafetos han quedado como aparecen ahora en las fotos, defoliados, muertos. Cafetos de tres y cuatro metros de altura, que dan inmejorable café, han quedado aniquilados. La lluvia se ha llevado las hojas y los residuos del defoliante que lanzó *Superman* Joss. El sabía que su trabajo no era cosa limpia, pero le pagaban bien. Trabajaba de noche; claro que tenía suficiente experiencia como para no fallar. Hizo el trabajo completo y fue realizado justo cuando aparecieron unas plagas en el sector norte y oriental de las grandes plantaciones de cafetos —observó Savage, marcando con un rotulador las áreas afectadas.

—Sí y luego, aquí abajo, se produjo una gran sequía que también inutilizó muchos cafetales —observó Juanito.

—Todo estaba calculado para cuando hubiera sequía en un área determinada y suficientemente extensa para provocar daño en alguno de los países productores de café. Al mismo tiempo, aparecía una plaga, provocada o no, eso no lo sabemos, en otra área. Y en la zona más central y extensa, justo antes de la época de lluvias para que no quedaran residuos, los cafetos eran defoliados por la fumigación clandestina de *Superman* Joss.

El mapa general de la Latinoamericana productora de café había quedado marcado en diferentes colores.

Ricky, que había salido de la pequeña piscina chorreando agua, observó:

—To-to-todavía quedan mu-muchos ca-ca-cafetales.

—Sí, Ricky, los hay, pero no los suficientes para dar una cosecha que abastezca el mercado internacional, contando incluso con los cafetales africanos y los asiáticos.

—Entonces, la cosecha del café este año será pésima e insuficiente —dijo el portorriqueño que examinaba el mapa.

—¿Habrá suficientes *stocks*? —preguntó Ricky.

—En los almacenes de las comerciales internacionales del café habrá suficiente para abastecer el mercado, mas el daño causado no es para una temporada sino para varias. Todos los cafetos muertos, que son muchos millones, quizá hayan de ser arrancados y plantados otros y los nuevos, hasta dentro de cinco años, no producirán un mínimo de medio kilo de café-grano por cafeto.

—Entonces, ¿es que alguien se ha propuesto que el mundo deje

de consumir café? — preguntó Juanito.

—¿Es que produce can-can-cáncer? —preguntó el japonés.

—No, hasta ahora no se han sacado esa campaña de la manga — denegó Savage.

—¿Puede tratarse de algún maníaco que tenga odio al café? — inquirió el portorriqueño, que al lado del gigante japonés se veía pequeño, muy pequeño.

—No lo creo. El café ha subido en un tanto por ciento desorbitado y ahora, con toda esta defoliación que se achacará a cualquier plaga, subirá mucho más. Si tenemos que buscar a quienes pagaron a *Superman* Joss para esa tarea de defoliación artificial mediante una fumigación aérea criminal en todos los sentidos, encontraremos forzosamente a alguien, a una compañía o grupo que pudo comprar café en grandes cantidades y a precio bajo. Ese café estará, ahora, cuidadosamente almacenado en alguna parte y saldrá al mercado cuando los precios hayan alcanzado una cifra de auténtico robo. Un kilo de café que pudo ser pagado a medio dólar, podría llegar a venderse a diez o doce dólares según el país que lo reclame. El café es un vicio del que muchos millones de seres ya no quieren desprenderse y como tampoco es nocivo en cantidades adecuadas, pagarán lo que haga falta por obtenerlo, pese a que haya quejas y campañas en contra.

—¿Cu-cu-cuántas to-toneladas pueden haber al-almacenado? — interrogó Ricky, siempre tartamudeante.

—Lo ignoro, pero si se han arriesgado tanto, si son capaces de matar, es que han almacenado muchas toneladas. Cada tonelada, que cualquier furgoneta de esas que reparten yogurts puede transportar, les produciría un beneficio neto aproximado de diez mil dólares, eso si no se establece un mercado negro internacional del café, al escasear éste en exceso. Un mercante de poca monta puede transportar unas quinientas toneladas, lo que significaría cinco millones de dólares. Hay mucho dinero a ganar, todo depende de si han almacenado lo suficiente. El *affaire* para matar los cafetos y que quede desabastecido el mercado internacional parece muy bien montado, Todavía no se han producido sus efectos económicos, aunque los que andan metidos en el negocio del café ya estarán haciendo sus cuentas y preparando sus pequeños *stocks* particulares a la espera de que los precios suban. Todos los carroñeros de oficio esperan hacer su negocio. El *affaire* no ha estallado aún, pese a la gran y última subida del café. ¿Qué sucederá cuando las existencias que ya existen se camuflen y la respuesta a la demanda sea negativa?

—Pues, que comenzará el mercado negro y el café será más negro que nunca —opinó

Juanito Chancleta.

—Exacto, y los consumidores de todo el mundo llenaremos los bolsillos de unos criminales. Hay que moverse para denunciar el hecho y si la justicia puede alcanzarles, que así sea.

Aparecieron en la terraza Aria y Margarita. Ambas vestían diminutos bikinis que no impedían la llegada del beneficioso sol a sus respectivas pieles, bikinis con tiras de sujeción que eran verdaderos hilos, resistentes pero que no podían cortar la piel como ocurría con el nylon.

Margarita, de tez algo más oscura, llevaba los pedacitos de tela en blanco y Aria, en negro.

—Ya la tenemos aquí, se encuentra perfectamente —dijo Margarita, siempre sonriente y bulliciosa.

—¿Seguro que te encuentras bien, Aria? —preguntó Savage interesado.

Aria miró al gigante japonés que puso cara compungida sin borrar la perenne sonrisa de su rostro. Era como un niño grandote que estuviera a punto de ser regañado.

—Sí, me encuentro bien. Afortunadamente, Ricky me avisó a tiempo con el claxon. Si no me llega a rescatar, quién sabe qué habría sido de mí a estas horas.

—Soy, soy un poco brus-brus-brusco —admitió Ricky.

Aria se colocó al lado de Savage y Margarita junto a Chancleta, que la rodeó con su brazo cogiéndole los muslos con sensual asentimiento de la chiquilla venezolana.

—El comisario Larrea estará contento con la captura del negro y el mulato que atacaron a *Superman* Joss —opinó Aria.

—Sí, lo importante es que *Superman* Joss se salve. Posiblemente tratarán de asesinarlo de nuevo.

—El comisario Larrea lo ha colocado bajo protección policial, ya que se aceptó el supuesto de que en el hotel Caribeño quisieron asesinarlo.

—Bien, *Superman* Joss ya no nos podía decir mucho más. Ese hombre ya tiene escasísimas posibilidades de recuperación; está muy dominado por la droga.

—¿Morirá? —preguntó Chancleta.

—No lo sé. Si hubieran llegado a inyectarle toda la sobredosis, es posible que sí, aunque algunos en su situación, por una sobredosis de droga, se han pasado varios años en coma, en un estado realmente vegetativo y artificial.

—Me da lástima ese hombre que vivió como un *Superman* del aire.

—Así es la vida para algunos, Aria. Se queman en su gloria y los años pasan y no saben evolucionar. Se fue degradando y un buen amigo, médico psiquíatra de la clínica de Miami, me comentó lo que

Superman Joss decía en sus delirios. En realidad, *Superman* Joss iba a ser sacado de la clínica para pasar a manos judiciales y, por lo tanto, sería trasladado a una clínica psiquiátrica estatal debido a su total pobreza. Por eso decidí llevármelo en una especie de secuestro que no fue tal. Lo conduje a *Liberty Garden* con algo de esperanza, pero ya vimos todos que no conseguíamos apartarlo de la droga; a lo sumo, lo que lográbamos era paliar sus crisis de dependencia. *Superman* Joss tuvo su gloria, pero ha sido una víctima más del mundo de la droga.

—¿Los que han montado el *affaire* del café pensarán que puede seguir siendo un peligro? —preguntó Aria.

—Creo que tienen la conciencia tan sucia que sí; por eso nosotros hemos abandonado el hotel Caribeño y he rentado este ático donde estaremos tranquilos; pero a ti, Aria, ya te consideran un peligro en potencia y te andarán buscando. Has corrido demasiados riesgos, no puedo exponerte a más peligros.

—Si ya he demostrado que sé defenderme... Además, esos tres ya están acabados, en el hospital o en manos de la policía.

—No seas ingenua, Aria. Esos indeseables, con un movimiento de tanta mercancía preparada para crear un mercado negro en breve tiempo, han de tener mucha gente dispuesta a matar. Tú vas a quedarte aquí tomando el sol, pero con mucho cuidado porque tu piel es extremadamente blanca.

—¿Podrían salirme pecas?

—Seguirías luciendo hermosa, Aria. Ni tú misma puedes remediar ser tan bella como eres. Y si sigues con la mentalidad de *budoka* y ciudadana del mundo que has adquirido en *Liberty Garden,* jamás dejarás de ser bella aunque los años pasen por ti. Cuando la belleza desaparezca de tu exterior, se irá concentrando más y más en tu interior.

—¿Y ahora, qué, qué hacemos? —preguntó Ricky. Savage le miró. Alargó su mano y tomó por las piernas a Aria, lo mismo que había hecho Juanito con la bella Margarita.

—Trabajar, trabajar, pero de una forma fastidiosa. Hay que hacer muchas llamadas telefónicas, buscar informes. Hemos de averiguar cuáles han sido los intermediarios y almacenistas que han comprado café en abundancia en los últimos tiempos y que no han vendido en la misma cantidad, por lo cual deduciremos que se trata del grupo que buscamos. Hay que encontrarlo a base de información. Consultaremos a agencias de detectives locales y de Colombia, Brasil, de todos los países productores de café. Ricky, con su cerebro-computadora, será quien nos dé, al final, la solución del posible almacenista del café para ser vendido en su día cuando se cree el mercado negro de forma fraudulenta y artificial.

—Entonces, pongámonos a trabajar —dijo Juanito.

—¿Tan pronto? —se quejó Margarita—. Yo he cerrado mi tienda.

—¿Por qué no descansar un poco? —aceptó Savage—. Aria, por ejemplo, se lo merece más que nadie.

—A, a mí me sentará bien un tiempo de me-me-meditación *Zen* —dijo Ricky.

Fue hacia un lugar apartado de la gran terraza ajardinada y se sentó sobre la hierba, dándole de lleno el suave sol de la tarde. Bajó sus párpados lentamente y entró en meditación para descansar su mente y su cuerpo mientras el agua se escurría por la piel que cubría su voluminoso pero nada grasiento cuerpo de gigante oriental.

Juanito Chancleta dijo algo al oído de Margarita. Esta estalló en una ruidosa carcajada y los ojos le brillaron.

Mutuamente abrazados por la espalda, entrecruzados sus brazos al enlazar las respectivas cinturas, se alejaron hacia el interior del amplio apartamento de seis habitaciones y tres cuartos de baño.

—Savage…

Se volvió, clavando sus ojos verdes en el adorable rostro de la muchacha danesa.

—¿Puedo decirte algo, Savage?

—Naturalmente.

—Es que me resulta un poco duro…

—¿Por qué?

—No sé, verás… Es que en *Liberty Garden* a ti, a su fundador, al hombre que lo sostiene con el dinero que ganas con tus reportajes de gran denuncia a todos los niveles, se te mira casi como a un ser superior.

—Eso es una tontería que deberá corregirse. Yo soy uno más, en *Liberty Garden.*

—Tú lo fundaste.

—Alguien tenía que empezar. Yo soy uno más, sólo que digamos me he graduado antes en la mentalidad *Liberty Garden,* lo que no quiere decir que pronto salgáis algunos con mejores calificaciones y cualidades que yo.

—Eso será muy difícil, Savage. Yo misma te veo como un hombre excepcional.

—Pues no lo soy.

—Me gustaría comprobar lo que dices.

—¿Me quieres poner a prueba? —inquirió él, sonriendo ligeramente.

—Sí.

—¿De qué manera?

Aria se inclinó sobre Savage que permanecía sentado en el sillón de mimbre de grande y arqueado respaldo. Buscó sus labios y los

encontró con su boca. Se oprimió contra ellos iniciando una profunda y prolongada caricia, al tiempo que notaba la mano masculina recorriendo su espalda y haciéndola estremecer.

Notó que el lazo del sujetador del bikini saltaba y no le importó, sino que le agradó.

Siguió besando. El sol caía suave sobre ellos mientras, de alguna parte del apartamento, llegaban risas.

CAPÍTULO VI

Pizzotto se había vestido con el uniforme de oficial de la policía venezolana con graduación de capitán, llevaba la gorra de plato con visera, encasquetada casi hasta las cejas donde las gafas oscuras ocultaban sus ojos.

Había entrado decidido, casi avasallando, en el hospital. En el ascensor subió a la planta alta y recorrió un pasillo hasta descubrir frente a una puerta a un agente de uniforme ante el cual se detuvo. El policía vigilante se cuadró y saludó al que creía oficial.

—¿Están aquí los detenidos?

—Sí, mi capitán.

—Abra la puerta, quiero hacerles unas preguntas.

—Todavía no es posible, mi capitán, los doctores...

—¡Al diablo los doctores! Se trata de un asunto de narcóticos y no quiero que se me escapen los peces gordos —mintió Pizzotto.

El guardián abrió la puerta y Pizzotto pasó al interior de una estancia con ventanas desprovistas de barrotes, pero estaban formadas por pequeños cuadrados de grueso cristal metidos en celosías de hormigón armado que quitaban toda sensación de enrejamiento, pero por entre los cuales era prácticamente imposible escapar. Había seis camas y sólo tres encamados, un negro, un mulato y un blanco. Los tres estaban heridos de diversa consideración.

—¡Cierre la puerta! —ordenó Pizzotto al vigilante.

Cuando el funcionario uniformado de policía se daba la vuelta para cerrar, ofreciendo su espalda a Pizzotto, éste sacó su pistola y encañonó con ella al agente que, al girarse, expresó su sorpresa ante el arma.

—¿Qué significa esto, mi capitán?

—Ponte cara a la pared y con los brazos bien altos. ¡Vamos, rápido!

El policía se dio cuenta de que acababa de caer en una encerrona, sin posibilidades de salir de ella.

—¡No podrán escapar del hospital! —exclamó.

—Cierra la boca —ordenó Pizzotto que, de espaldas al policía, colocó un silenciador a la pistola que había desenfundado.

Cuando el silenciador estuvo bien sujeto, apuntó a la nuca del agente. Sin vacilaciones, sin piedad, criminalmente, haló del gatillo y se escuchó el estampido amortiguado. Un agujero, primero negro y

luego rojo, se abrió en la nuca del policía que golpeó con su rostro contra la pared. Resbaló con las manos pegadas a ella, asesinado por la espalda hasta caer al suelo.

—Bien, Pizzotto, pero ¿cómo salimos de aquí? —preguntó el falso taxista, que tenía una pierna enyesada que colgaba del techo por unos cables de acero.

—Yo os sacaré, lo tengo todo previsto —respondió Pizzotto.

—¿Has traído el furgón de la lavandería? —preguntó el mulato que tenía toda la cara vendada y al que, probablemente, debían faltarle varios dientes.

—Vais a viajar rápido y lejos, muy lejos, adonde no podáis hablar ni decir nada.

Pizzotto levantó de nuevo la pistola equipada con silenciador y disparó primero contra el rostro del mulato. El agujero, en su rostro vendado, se empapó rápidamente de sangre.

Después, apuntó al que se había hecho pasar por taxista y que sólo tenía un par de fracturas.

—¡No, Pizzotto, no, espera, no hablaremos, te lo juro!

Fue inútil.

Los ojos del asesino que miraban a través de las gafas oscuras se clavaron en él y disparó el arma por dos veces, dándole en el cuerpo.

El cañón, ya caliente y humeante, apuntó luego al negro, el tercero de los sicarios recogidos entre el taxi destrozado.

El negro dormía, posiblemente bajo los efectos de algún fuerte somnífero inhibidor de dolores. Y se fue al infierno sin enterarse.

Pizzotto era un sujeto que operaba no sólo con precisión, sino con una mezcla de sadismo y seguridad. Vació el cargador y, sin temblarle la mano, lo quitó de la pistola y puso otro en su lugar. Volvió a disparar sobre los heridos encamados, para asegurarse de la muerte de todos y cada uno de ellos. Al fin, cuando la habitación carcelaria del hospital olía a pólvora quemada y la sangre goteaba de las camas empapando sábanas *y* vendajes, Pizzotto quitó el silenciador de su pistola. Lo guardó e introdujo el arma en la funda reglamentaria.

Salió de la habitación cerrándola con la llave que le quitó al policía que, antes de ser asesinado, había estado allí de vigilante.

Se deslizó por el corredor con paso algo rápido, pero normal en alguien que tuviera prisa porque el trabajo le acuciara. Se metió en el ascensor y coincidió con una enfermera que le sonrió mientras sostenía unas fichas en su mano. Pizzotto no dijo nada y poco después, abandonaba el hospital sin que nadie se hubiera enterado de la tragedia del múltiple asesinato perpetrado por un falso capitán de la policía. De aquel hospital no saldría ya una sola palabra comprometedora para la *Latinoamericana de Importación y Exportación Sorilos, S. A.*

Pizzotto, el frío asesino y hombre de confianza de José Schneider López, máximo representante de la *Sorilos, S. A.,* llegó a bordo de un deportivo y brillante «Porsche» frente a la puerta de la quinta, propiedad de Schneider.

Pizzotto vestía ya de paisano, se había desprovisto del disfraz de capitán de la policía y se cubría con una camisa de vistoso estampado y manga corta. Hacía un calor húmedo pero no desagradable.

Un vigilante le franqueó la gran verja de acero inoxidable y el «Porsche», con el rugido de su potente motor, se introdujo por el asfalto privado de la quinta, entre una abundante y selecta vegetación donde los diminutos colibríes iban a libar y confeccionaban sus pequeños nidos, donde habrían de colocar e incubar sus diminutos huevecillos.

La quinta de José Schneider López era una amplísima edificación de una sola planta y muy moderna, en la que abundaba el cristal y las maderas nobles.

Era una casa espléndida, confortable y a la vez funcional, que nada tenía que ver con los palacetes coloniales, aunque en espacio cubierto quizá tuviera más metros cuadrados que muchos de éstos.

Había sido ideada y construida por un arquitecto meridional norteamericano y su propietario la llamaba simplemente *cottage,* disminuyéndola un poco en su apreciación, quizá para no despertar más envidias de las que ya provocaba.

Estaba rodeada de escogida vegetación y al alcance de la mano crecían frutos tropicales que cuando alcanzaban su grado óptimo de madurez, cualquiera que estuviera allá podía tomarlos, mondarlos y comérselos. Mas la vegetación estaba separada de la mansión, quedando grandes espacios de hierba bien cuidada y recortada, para que la espesura del follaje no agobiara las ventanas y tampoco nadie pudiera acercarse a la edificación sin ser visto.

Pizzotto detuvo el «Porsche» frente a la larga y amplia galería. Cerró la portezuela de un golpe y anduvo hacia el área de la piscina que quedaba cerca de la entrada principal y mirando al sudoeste.

A la sombra de unos amplísimos parasoles estaba José Schneider López, tomando un refresco. Junto a él permanecía sentado un hombre que leía unos informes escritos a máquina y repasaba unas fotografías que quedaban a su alcance.

En la piscina había algo más de media docena de muchachas naturistas o por lo menos así lo parecía por la ausencia total de ropa sobre sus bien torneados cuerpos.

Eran jóvenes de las más variadas razas. Había una negra esbelta y delgada, de proporciones anatómicas perfectas, lo mismo que otra mulata, una oriental, otra blanca de tez bronceada, otra blanca muy rubia... Las había mezcladas y entre ellas destacaba una mulata de piel

oscura y cabellos rubio platino muy largos.

Las muchachas reían, retozaban, jugaban sobre la hierba y se lanzaban agua salpicando en su entorno. Nadie las molestaba ni se acercaba a ellas. Gozaban de sus juegos, del sol, de la piscina y de una agradable y sensual música que se expandía por toda el área mediante una colocación muy técnica de un sistema de altavoces de gran fidelidad.

A Pizzotto no le agradó la presencia del sujeto que estaba junto a Schneider.

—¡Hola, Pizzotto! ¿Cómo ha ido?

—Perfecto.

José Schneider López, un hombre acostumbrado a vivir bien y a que otros dieran la cara por él en los asuntos peligrosos, porque para ello tenía dinero con que pagar manos que se ensuciaran siempre limpias, insistió:

—¿Seguro que bien?

—Sí.

El otro visitante levantó sus ojos orientalizados de las hojas que estaba leyendo y sonrió enigmáticamente.

—Has tenido demasiados fallos en los últimos tiempos.

—¿Por eso ha venido el tailandés? —preguntó Pizzotto, señalando al oriental.

—Ha venido por órdenes de más arriba.

—¿No confían en nosotros? —preguntó Pizzotto, obviamente molesto.

—No estás en condiciones de hacer preguntas, Pizzotto. *Superman* Joss aún está vivo.

—Ese no hablará, está en un coma vegetativo del que no saldrá. Tiene el cerebro hecho una mierda, por la droga; por lo visto lograron inyectarle la suficiente.

—Un hombre siempre es un peligro hasta que ha dejado de existir —sentenció el tailandés.

—Tiene razón.

—Pues tres ya no hablarán y, de paso, el policía que los vigilaba.

—¿Seguro que están eliminados?

—Seguro —respondió Pizzotto a José Schneider López—. Me he cerciorado de ello, dos cargadores completos. Han cometido dos tropiezos, comprendo que no se les pudiera dar una tercera oportunidad.

—Parece mentira que tres hombres no pudieran secuestrar a una chica —se lamentó

Schneider.

El tailandés puntualizó:

—Esa chica es *budoka.*

—Bueno, ¿y qué? Es una mujer, ¿no? —preguntó Schneider, despreciativo.

—No, no es lo mismo. Una *budoka* no es una mujer cualquiera, y más si ha sido preparada en ese lugar legendario la que llaman *Liberty Garden* —insistió el tailandés.

Pizzotto, siempre escéptico, inquirió:

—¿Y tú crees que ese *Liberty Garden* existe, o es un cuento para *comics* baratos?

Era patente la rivalidad entre Pizzotto y el tailandés. Ambos se miraban buscándose los ojos; los del oriental eran enigmáticos y los del italoamericano se escondían tras las gafas oscuras.

—Yo sí creo que existe, y los *budokas* que salen de allá son los mejor preparados de todo el mundo porque, además de físicamente, salen con una mentalidad, con un espíritu distinto.

—Tonterías. Todo eso no es más que publicidad barata que se hace a sí mismo ese entrometido reportero llamado Savage y que por tener pasaporte yanqui se cree con derecho a meter las narices en todas partes.

—Algo habrá cuando una chica hermosa, joven y delicada, es capaz de poner fuera de combate a dos hombres entrenados y fuertes —objetó Schneider.

—Los cogió desprevenidos; además, sabemos que en lo del taxi intervino otro coche.

—Sí, nuestros confidentes dijeron que un japonés alto como una montaña rescató a la chica del taxi.

—Ese es Ricky —aclaró el tailandés.

Y mostró una fotografía en la que aparecía Ricky en uno de sus memorables campeonatos de *Sumo* celebrados en el Japón.

—Parece algo fuera de lo común —admitió Pizzotto a regañadientes.

—Mide dos metros diez y pesa por encima de los ciento ochenta kilos. Ha sido campeón de *Sumo* y de *Kempo.* ¿Conoces tú a alguien capaz de tumbarlo de un puñetazo?

Ante la pregunta del tailandés, Pizzotto vaciló pero dijo:

—Un balazo hace más daño que un puñetazo.

—Es cierto, pero por los datos que tengo, este japonés llamado Ricky ha salido bien parado, a juzgar por cómo sigue moviéndose, después de encajar once plomazos.

Pizzotto parpadeó tras las gafas ahumadas.

—¿Once plomazos? Eso es imposible de creer.

José Schneider López volvió su rostro hacia el oriental, y también incrédulo, dijo:

—Opino lo mismo; nadie puede salir indemne de once balazos.

—Yo no digo que los recibiera todos de una vez, los ha encajado

en diferentes ocasiones a lo largo de su vida, como compañero de Savage. No somos los únicos que hemos seguido la pista de esos tipos. Sé que hay algunas organizaciones de sicarios que tratan de eliminarlos, sin conseguirlo. Savage y sus compañeros son peligrosos porque suelen llegar adonde se proponen.

José Schneider, con semblante preocupado, comentó, explicativo:

—Nos han llegado noticias de que están haciendo muchas preguntas, demasiadas preguntas. *Superman* Joss abrió demasiado la boca y han olido a café. Si no se les detiene van a tirar de la manta y eso es muy peligroso.

—Tengo mis métodos para cerrarles la boca para siempre —dijo Pizzotto, con un desprecio no exento de arrogancia.

—No, Pizzotto, tú no te vas a encargar de ellos.

—¿Por qué yo no? ¿No acabo de tapar varias bocas yo solo, jugándome el cuero?

—Sí, pero ese Savage y sus amigos son otra cosa.

—¿Acaso lo va a hacer el mejor? —gruñó señalando al tailandés. Entre ambos se había desatado una franca rivalidad.

José Schneider se levantó de su butaca y dio una ojeada a las chicas que jugaban o se habían tumbado para broncear sus desnudos cuerpos bajo el sol.

—Pizzotto, para ti tengo otro trabajo —dijo—. Ahora, venid.

Los tres hombres se alejaron del área de la piscina. Rodearon la casa y caminaron por un sendero que semejaba adentrarse en la mismísima selva; sin embargo, seguían dentro de la propiedad, rodeada de verja electrificada que no sólo impedía el paso a los intrusos o posibles ladrones que abundaban por los *ghettos* suburbanos, sino también a las pequeñas alimañas.

Llegaron al campo de tenis con pista de hierba. Allí había un grupo de hombres, a Pizzotto le pareció que debían ser una docena cuando menos. Vestían todos pantalón corto y mantenían el torso desnudo.

Los hombres luchaban entre sí con técnicas orientales. No buscaban la pureza sino la efectividad, por ello no les importaba mezclar el *Kung-Fu* con el *Sambo* ruso o el *Tae Kwon Do* coreano, mientras cuatro de ellos se entrenaban con afilados y largos machetes que manejaban con endiablada destreza. Los aceros producían un estremecimiento al cortar el aire con el ligero ruido que despedían, mientras otros saltaban esquivando los machetazos.

—Míralos, Pizzotto; ellos serán los que terminen con Savage y su gente.

—¿Han venido de Solimar[4]? —preguntó Pizzotto.

—Son mis hombres —aclaró el tailandés.

José Schneider López explicó, para apaciguar al sicario italoamericano:

—Son guerrilleros mercenarios que actúan y no hacen preguntas. Sirven para lo que haga falta, para lo que se les ordene y se les puede colocar el uniforme o dar el aspecto que se desee. Ellos cobran y actúan; para eso se entrenan al máximo. En este momento, ellos ni siquiera saben en qué país están; han sido trasladados desde Solimar en helicóptero cerrado. Después, cuando termine el trabajo, volverán a subir al helicóptero y regresarán a su país. Son órdenes del mismísimo Sorilos.

—Está bien —gruñó Pizzotto, encogiéndose de hombros—. Si así lo han decidido, que así sea, yo me lavo las manos. Veremos qué tal lo hacen. Mientras sepan dónde buscarlos...

—Ya hemos averiguado dónde se esconden —dijo Schneider—, tenemos muchos confidentes, pero no habrá lucha en su terreno. ¿No es cierto?

Miró al tailandés que sonrió abiertamente. El había preparado a aquel grupo de guerrilleros mercenarios de los que estaba orgulloso y con los que pensaba obtener un nuevo triunfo profesional en el mundo del crimen organizado.

CAPÍTULO VII

Los dos teléfonos independientes de que estaba provisto el ático se podía decir que humeaban, lo mismo que la cafetera que les había ido proporcionando café en abundancia, aquel café con el que se preparaba un fabuloso y sucio *affaire*.

El mercado mundial se estaba desabasteciendo artificialmente y luego, sacarían al mercado negro todo el café almacenado, comprado a bajo precio y que se vendería a precios de verdadero robo, como tantas y tantas veces se había hecho con distintos alimentos y materias más o menos necesarias, exprimiendo a los sufridos consumidores.

En varios blocs habían ido acumulando cifras y nombres. No era un trabajo fácil y metidos en él llevaban ya cuarenta y ocho horas. Se habían encontrado con muchas respuestas evasivas e incluso negativas y amenazas, mas Savage no se daba por vencido. Sabía que preparar un gran reportaje de denuncia era una tarea difícil, pesada y arriesgada; sin embargo, no se amilanaba y, como él, los demás que componían el grupo refugiado en el apartamento ático.

Margarita, la amiga de Juanito Chancleta, había llegado con varios periódicos e indicó al joven portorriqueño una noticia que destacaba especialmente. Chancleta silbó admirativo y mostró el periódico a Savage.

—¿Has visto esto?

—Tres detenidos, asesinados junto con el policía que les vigilaba en el hospital... —leyó

Savage, y continuó enterándose de lo que publicaba el periódico.

—¿Qué opinas, Savage? —inquirió Juanito.

—Que están asustados.

—Eso mismo creo ye, que están asustados.

—¿Sucede algo? —preguntó Aria, acercándoseles con su caminar sensual. Todo en ella era de una femineidad sensual, agradable y sana. Vestía un fresco *nicky* y *shorts* de tela suave que se pegaban a su piel.

—Los tres del taxi, e incluso el policía que les vigilaba en el hospital, han sido asesinados a tiros —explicó Savage.

—¡Caramba, sí que están ajustados!

—Y dispuestos a todo —puntualizó Margarita—, matan sin piedad. —Miro a Aria y añadió—: Te libraste de un buen peligro; esos sujetos no se detienen ante nada. Vaciaron dos cargadores en el hospital y, por una enfermera, se sabe que hubo un Capitán de la

policía que utilizaba gafas oscuras.

—El comisario Larrea estará muy preocupado, y con razón —comentó Aria.

Ricky permanecía ensimismado, devorando los datos que se habían ido acumulando. Al fin, dijo:

—Hay, hay, una com-com-compañía que ha comprado mucho más que ha ven-vendido.

Todas, todas tienen *stock,* todas, pero una, una más que las otras y ha com-comprado en to-to-todos los países productores...

—¿Cuál es tu resultado? —le preguntó Savage.

Le había dado todos los datos parciales obtenidos como si Ricky fuera una computadora capaz de proporcionar un resultado final. Se habían barajado innumerables datos de compañías y filiales, pues era más que sabido que, en ocasiones, las compañías no compraban con su nombre propio, sino a través de filiales más o menos conocidas, en ocasiones compañías fantasma.

Buscando datos se encontraban con un lío fenomenal de compradores, importadores, exportadores, comercializadoras, intermediarias, transportistas... Un laberinto en el que multitud de tipos introducían sus trompetillas succionadoras para sacar el máximo de jugo posible, siempre a costa del último eslabón de la cadena que era el consumidor, no importaba de que parte del mundo fuera.

—Sorilos —soltó Ricky de una sola tirada, sin vacilar; luego, se quedó muy sonriente.

—Sorilos, Sorilos —repitió Savage, y comenzaron a buscar datos —. Esa compañía tiene su madriguera en Solimar.

Juanito Chancleta, que también revisaba documentos, observó:

—Pero, tiene una delegación aquí en Caracas y parece que en todos los países productores de café.

—¿Crees que habrá un grupo financiero yanqui, detrás de todo esto? —preguntó Aria a Savage.

—Siempre que hay muchos millones a ganar en alguna parte del mundo latinoamericano por obtención, transformación o venta de materias primas, están los yanquis detrás, de eso no me cabe ninguna duda, sólo que en muchas ocasiones no se les ve la cresta y alguien con nombres y apellidos concretos es quien da la cara por ellos. En este caso, es la *Latinoamericana de Importación y Exportación, Sorilos, S. A.*

—Sorilos es un sujeto muy conocido en Centroamérica —dijo Margarita.

—Lo sé —admitió Savage—, pero no aparece en revistas; prefiere que su nombre y su imagen no sea demasiado visible. Es de los que acumulan la riqueza y el poder, pero prefieren pasar inadvertidos. No es el único, hay muchos como él, especialmente

latifundistas, grandes terratenientes que saben que cuanto más conocidos sean, más se convierten en el blanco de los grupos revolucionarios que, para avanzar en sus causas, buscan golpes de seguro efecto.

El teléfono que Savage tenía en la mesa sonó estridente y de una forma súbita. Aria alargó su mano con naturalidad y lo desahorquilló.

—¡Helio!

—¿Savage? —inquirió una voz femenina.

—¿De parte de quién? —preguntó Aria.

—Sorilos.

Aria tapó con su mano derecha el micro del teléfono y dijo:

—Al parecer, Ricky ha dado en el clavo. Sorilos te busca, Savage. Savage tomó el auricular e inquirió:

—¿Quién llama?

Ricky había conectado el magnetófono a *cassette* que estaba unido al teléfono para grabar cualquier llamada interesante que luego pudiera servir para el reportaje denuncia final. Una grabación como aquélla no servía para un tribunal, pero sí para completar un reportaje audiovisual que podía pasarse por las televisoras mundiales.

—Sé que busca información.

—¿Con quién hablo?

La voz femenina, cargada con el acento sudamericano y muy sensual, le dijo:

—Con alguien que necesita plata.

—Todo el mundo la necesita

Tras la respuesta de Savage, la mujer puntualizó:

—Yo tengo para vender algo que quizá andas buscando.

—¿Como qué?

—Un mapa, por ejemplo.

—¿Un mapa de qué?

—Savage, tú buscas información. Yo también tengo confidentes y me cuestan mis bolívares. Si quieres el mapa, podemos ponernos de acuerdo.

—No sé si ese mapa puede interesarme.

—Yo creo que sí.

—Esa es tu opinión, la mía todavía no está hecha.

—En el Carabobo Park Night Club podemos encontrarnos; si te interesa el posible negocio, me conformaré con diez mil bolívares.

—Esa cantidad…

No pudo continuar, se escuchó el *clic* del teléfono al ser colgado y luego, el pitido prolongado.

M. P. Savage colgó, a su vez. Juanito Chancleta rebobinó la *cassette* y volvieron a escuchar la grabación.

—Puede ser una trampa —opinó Aria,

—Sí, pero no lo sabremos hasta que lo hayamos comprobado; también es posible que lo que vendan sea bueno.

—¿Sobre qué es el mapa?

—¿El al-almacén de ca-ca-café? —sugirió Ricky.

—Ricky tiene razón; el mapa puede darnos la ubicación exacta.

—Diez mil bolívares no es una cantidad excesiva, transformada en dólares —opinó el portorriqueño—. Siempre que el informe lo valga, claro.

—Vendrán a ser alrededor de tres mil dólares que pueden arriesgarse por una buena información. Ahora ya sabemos que lo que andamos buscando tiene mucho que ver con el nombre de Sorilos.

—Pero, si la sede central de la compañía Sorilos está en el país de Solimar, ¿por qué ha de tener el almacén secreto en Venezuela? —preguntó Aria.

—Es que todavía no nos han dicho que esté en Venezuela y, después de todo, no tendría nada de extraño. Andamos buscando un almacén donde esté escondido el café que se preparará para un mercado negro. Ese café puede estar en cualquier parte, incluso en las bodegas de buques que estén en alta mar sin aparente motivo alguno.

—La mujer que ha hablado tiene acento caraqueño —opinó Margarita.

—Es un dato a tener en cuenta —admitió Savage—. Puede tratarse de una amiga del delegado de Sorilos en Caracas, de una simple secretaria de la compañía que quiera plata rápida, de alguien que ya no trabaje en la compañía, quién sabe. Es un cabo que nos tienden, puede ser una encerrona o no serlo; de todos modos, no puedo despreciarlo.

—¿Piensas ir solo? —preguntó Aria.

—Sí. —La miró a los ojos y la cogió de las manos—. Yo no te he mentido en nada, ¿lo sabes, verdad?

Ella soltó sus manos para acariciarle el lacio y abundante cabello negro.

—No temas, lo sé perfectamente. Tú tienes tu misión en esta vida y no te atas a nada ni a nadie, sino ¿cómo subsistiría *Liberty Garden?* Soy comprensiva, Savage.

—Gracias, Aria. Hay ocasiones, como en ésta, que me duele decir no.

—Te entiendo. Salí de *Liberty Garden* para volver al mundo del que me sacaste, pero ahora estoy preparada, segura de sí misma. Sé cómo luchar y qué es lo que hay que defender, para ello nos preparamos y mentalizamos en *Liberty Garden.* Mi primera volada es junto a vosotros y eso da experiencia, ayuda a contactar con el mundo donde impera la violencia. Sé comprender, pero jamás podré olvidarte, Savage.

—Ni yo pretendo que me olvides, porque yo no te olvidaré a ti; pero, no sigamos hablando como si me dirigiera a la cámara de gas. Si me preparan una trampa intentaré salir de ella y si no lo consigo, no importa, vosotros seguiréis adelante. Para eso creé *Liberty Garden,* para que yo no sea indispensable para denunciar todo lo sucio que ocurre en el mundo donde tantos millones de seres son víctimas en muchos casos sin saberlo siquiera. Alguien debe tirar de la manta, pero hay que hacerlo con limpieza, sin odios, sin armas. No somos la Ley, sólo la voz de la denuncia, nada más. Son las víctimas quienes han de exigir luego a la Ley y a la Justicia que intervenga. Eso sí, nos hemos convertido en *budokas* para defendernos si es necesario; no tenemos por qué dejarnos matar por nadie y si hay que luchar, lucharemos hasta el final.

Aquella noche, con un *smoking* blanco impecable, Moses Pacific Savage llegó con el gran «Daymio» al Carabobo Park Night Club. Había acudido a la cita sin saber con quién iba a encontrarse. El debía limitarse a esperar y lo mismo podía aparecer una mujer que una bala.

El club nocturno era espacioso, con distintas pistas de baile, y discoteca. Poseía una pista cubierta y con escenario donde se pasaban los espectáculos de gran calidad.

La discoteca tenía escasísima luz y había otra pista de baile en el parque, con las mesas adecuadas y estratégicamente colocadas entre la vegetación. Allí también se podía bailar, pues la música llegaba a través de los altavoces convenientemente instalados.

Los mosquitos eran ahuyentados por focos de rayos repelentes reforzados por vaporizaciones aromáticas y anti-insectos.

—He reservado una mesa por teléfono —dijo Savage al *maître.*

—¿A qué nombre, por favor?

—Savage.

—Sígame, si es tan amable.

Le condujo a la pista cubierta donde se llevaba a cabo el espectáculo. Le proporcionaron una mesa junto a la pared tapizada en rojo oscuro. Desde su mesa podía ver bastante bien el escenario en el que aparecieron unas bailarinas brasileiras que danzaron la samba vestidas únicamente con pedrería que reflejaba la luz de los focos que seguían a las espléndidas muchachas, que demostraban poseer un envidiable control de sus esbeltos cuerpos. Los movían sensualmente y a voluntad hasta lo asombroso. Debido a las películas de la serie *Emmanuelle,* había una competencia mundial entre las *show sexy woman,* especialmente para emular a las chicas tailandesas que tan famosas se habían hecho en todo el mundo.

—¿Qué va a tomar?

—Champaña, por favor.

—¿Marca?

—Viuda Clicquot.

El *maître* se alejó, satisfecho. Terminaron las brasileiras y salió a cantar un par de canciones un muchacho norteamericano de aspecto meloso y feminoide que obtuvo muchos aplausos de la concurrencia. Después aparecieron dos muchachas jóvenes y bonitas que iniciaron un *strip-tease* a dúo, ayudándose mutua y amorosamente entre ellas mientras no cesaban de repetir: «Toi, moi; toi, moi...»

Junto a la mesa de Savage apareció una mujer espléndida, con unas opulencias femeninas que destacaban a la vista del más miope y que el vestido de gasa era incapaz de ocultar.

Aquella mujer, de abundante y larguísima cabellera negra, despedía sensualidad desde los pies a los cabellos, era hermosa desde todos los ángulos. Se sentó al lado de Savage.

—¡Hola! ¿Puedo beber de tu copa o pido otra?

—Por mí puedes beber —le respondió él, a la espera de que se identificara, aunque por la voz ya parecía haberla reconocido pese al cambio normal de la voz humana a través del hilo telefónico.

La mujer tomó la copa de champaña y la llevó a sus labios. Por encima de las burbujas, miró los ojos del hombre. Tragó la fresca champaña francesa y después opinó:

—Tienes unos ojos verdes como esmeralda. No sabía que tuvieras tanto *gancho.*

—¿Gancho?

—Sí, *sexy,* ¿lo entiendes mejor así? ¿Eres yanqui?

—Tengo nacionalidad norteamericana, sólo eso; por lo demás, soy ciudadano del mundo. Me siento tan japonés como africano y tan africano como norteamericano; pero hay que tener papeles y para viajar por el mundo, hoy por hoy, el pasaporte más válido es el norteamericano.

—Me llamo Charito.

—Pues, muy bien, Charito. Si me buscabas, ya me has encontrado.

—¿Has traído la plata?

—No sé si el trato merece tanta plata —opinó, con aire dubitativo.

—Podemos incluir un fin de fiesta por todo lo alto en mi apartamento.

—¿Un fin de fiesta por todo lo alto?

—Sí. Yo no soy una *call-girl* y tampoco una *bunny-girl* como las llamáis los norteamericanos, pero tengo sangre caliente y sé muy bien lo que es una fiesta por todo lo alto, especialidad propia.

—¿Y en qué consiste esa especialidad?

—Eso no se explica, eso se hace.

—¿Y cuántos lo saben?

Ella sonrió con la boca, con los ojos encendidos y cálidos.

—Te mentiría si dijera que ibas a ser el primero. Para hacer algo bien, hace falta una cierta experiencia.

—Verás, Charito, no he venido a tratar de un fin de fiesta por todo lo alto con una experta.

—¿Es que no soy tu tipo? Perdona si te parece que te hablo como una mujer ligera, te juro que no lo soy.

—No hace falta que me jures nada; de una boca como la tuya no voy a creer nada.

—¿Nada, nada?

Se inclinó sobre Savage, volcando su voluminoso pero turgente busto. No era para rechazar aquella especie de abordaje y Savage estaba muy lejos de ser un mojigato.

Aceptó el beso que vino en medio de la efusión física e incluso correspondió a él de tal manera que las mejillas de Charito se encendieron. Al separarse, jadeaba ligeramente.

—¡Carambita, Savage, eres un fenómeno! Además de guapo sabes mucho del *play-love.* Será interesante, muy interesante, el fin de fiesta... Me estoy temiendo que quien va a salir ganando y con enseñanza incluida voy a ser yo.

—Charito, tú quieres venderme algo, vayamos al grano.

El *maître,* atento, se acercó para poner una copa nueva sobre la mesita. La llenó con la botella de champaña y también colmó la otra, retirándose luego discretamente sin decir nada.

—Espera, espera, tú tienes algo que pone furor dentro de una... —Bebió la mitad de su copa y sus labios quedaron ligeramente húmedos, incitantes—. Y yo que creía que lo había probado todo...

—¿Sabes lo que es la digitopuntura?

—¿Digi... qué?

—La digitopuntura se practica en Oriente, incluso a nivel escolar. Más que para curar enfermedades sirve para aliviar dolores hasta que se puede utilizar la terapia necesaria.

—Parece que me hables en chino.

—Verás, la digitopuntura puede tener otras propiedades, si se conocen sus técnicas. Acércate más...

—¿Así? —preguntó ella, sentándose junto al hombre en la butaca doble, muy bien tapizada.

—Siéntate un poco más en el borde.

—¿Para qué?

—Tú haz lo que te digo.

—No me la irás a jugar, ¿eh?

—¿Con digitopuntura? —preguntó él, sonriendo burlón,

Charito, mirándolo de reojo, obedeció, sentándose ligeramente en el borde.

Notó como la mano del hombre, con una gran habilidad, bajaba la cremallera del vestido por la espalda y después sintió el contacto de las yemas de los dedos masculinos. No era mariposa de primera volada y le dejó hacer. Pronto constató los efectos de la digitopuntura, relajantes y eróticos a un tiempo, aunque ambos efectos resultaran paradójicos entre sí.

Bebió con verdadera sed una nueva copa de champaña y notando que su respiración cambiaba de ritmo, dijo:

—¿Sabes que eres un granuja? Tienes manos de oro. Si algún día buscas empleo no te va a faltar lo que quieras.

—No es ése mi camino. —Siguió relajándola con suavidad y preguntó—: ¿Qué me has traído?

—Un plano.

—¿Puedo verlo?

—En mi apartamento.

—No.

—¡Sí!

—No, el plano lo quiero ahora.

—¿Por qué no en mi apartamento; es que no te fías de mí? —le preguntó ella con el rostro y los ojos encendidos.

—Creo que soy un hombre sano, hago una vida sana y no me pasa como a los cocodrilos, que siempre están hambrientos.

—¿Quién es, entonces, la última afortunada?

—Vamos, Charito, el plano o creeré que todo es una treta para jugar conmigo. No me fío de la gente de Sorilos.

—¿Crees que soy de Sorilos?

—Sí.

—¿Sospechas de mí?

—No lo sé; pero tú trabajas para Sorilos.

—Trabajaba. Me despidieron y, antes de marcharme, me llevé una fotocopia de algo interesante. En las oficinas hay fotocopiadoras accesibles y que hacen el trabajo rápido y bien.

—¿Y ese plano, sobre qué es?

—Un almacén. Alguien me ha contado que hacías muchas preguntas.

—¿Quién es ese alguien?

—Eso no entra en el trato. Anda, sigue, sigue con tu digitopuntura...

—¿Está la fotocopia del plano en tu bolsito de mano?

—No.

—¿Entonces...?

—Podría jugar contigo si lo deseara.

—Eso es una opinión tuya, porque puedo marcharme ahora mismo.

—¿Marcharte?

—Sí, ya no me interesa tu plano.

Savage hizo ademán de ponerse en pie. Ella le cogió por la mano y lo obligó a sentarse. Charito no podía levantarse en aquellos momentos, corría el riesgo de que su vestido, sin sujeciones, se deslizara a lo largo de su espléndido y maravillosamente redondeado cuerpo.

—¿Quieres hacer el trato?

—Claro que sí, sólo quería saber hasta dónde llegaba tu interés.

—Hasta donde merezca la pena.

—El plano te va a interesar; creo que hay un almacén de la Sorilos —dijo, bajando la voz confidencialmente.

—Saber dónde hay un almacén puede que no valga diez mil bolívares, es mucho dinero.

Sacó un ancho medallón que colgaba entre sus abultados y atractivos senos y lo puso en la mano de Savage.

—Ahora, dame los diez mil bolívares.

—No tan aprisa. Sólo me has dado un medallón y parece que pesa muy poco.

—Es que no vale nada. La imitación de la figura incaica es buena, pero es de plástico, con bordes de aluminio. Se abre por el reverso y sirve para llevar bolsitas con polvillos; bueno, son cosas de magia que no importan ahora. Dentro está lo que buscas.

—La fotocopia de un plano abulta más.

—Es que a la fotocopia del plano le saqué una fotografía para que abultara menos. El negativo es lo que encontrarás dentro del medallón.

—De acuerdo, me voy a fiar de ti.

Guardó el medallón y del bolsillo superior de su *smoking* blanco sacó un cheque doblado que entregó discretamente a Charito.

—Diez mil bolívares a cobrar en el Banco Nacional Americano... Oye, ¿seguro que es bueno?

—¿No te fías?

—Hombre, son diez mil bolívares..,

—Yo también tengo que fiarme de tu medallón. Puede que los dos estemos jugando sucio o que estemos jugando limpio... —Tomó su copa, bebió un trago y se levantó, abandonando la mesa.

—¡Eh, espera!

—¡Adiós, Charito!

El *maître* se acercó a Savage. Este, señalando la mesa, le dijo al tiempo que le alargaba unos billetes:

—La cuenta la pagará ella, ya le he dado dinero para hacerlo. Esto es para usted.

—Gracias, señor —dijo el *maître* aceptando la propina y no

perdiendo de vista a. Charito que, sin ella saberlo, iba a tener que pagar la botella de champaña francesa. Y la minuta por aquella consumición en el Carabobo Park Nigth Club no era cosa de risa, precisamente…

CAPÍTULO VIII

En el laboratorio fotográfico del comercio de Margarita, la amiga de Juanito Chancleta, se encendió el proyector.

En la pantalla metalizada apareció el negativo de un plano esquematizado sin nombres. Sólo había una serie de rayas esquemáticas que el grupo de *budokas* escrutó con atención.

—¿Qué dices a esto, Ricky?

—Pa-pa-parece un río grande.

—Sí, a mí también me parece un río grande, con islas alargadas. Eso es frecuente en los ríos caudalosos.

—Y el punto que está más abajo puede significar un puerto o una población —indicó

Aria.

—Eso creo yo —admitió Savage.

—Yo tengo aquí mapas de Venezuela; se pueden comparar, si es que ese plano sin nombres pertenece a Venezuela.

Bajo una luz focal móvil quedó un mapa de Venezuela desdoblado. El plano esquemático seguía en proyección y todos le iban dando ojeadas.

Ricky, con su cerebro computador, fue el que puso el dedo en el mapa de Venezuela.

—A-a-aquí.

—¡El Orinoco! —exclamó Margarita.

—Sí, tiene las mismas curvas en el punto que ha señalado Ricky —asintió Aria. El portorriqueño observó:

—Entonces, dándole la vuelta al mapa y teniendo en cuenta que en la pantalla hay un negativo, ese punto de señalización podría ser Ciudad Bolívar.

—Eso es lo más lógico —aceptó Savage—. Luego hay otra cruz en lo que parece una pequeña isla alargada.

—Sí, la quinta después de la isla grande —indicó Margarita—; Claro que, para asegurarse, habría que buscar un mapa más concreto del Orinoco en su curso inferior.

—El Orinoco es el tercer río de Sudamérica en importancia. Es navegable en esta zona y si hubiera un almacén en una de estas islas, podría estar oculto al resto del mundo. Desde ese almacén, en caso necesario, se podría ir cargando la mercancía (en este caso el café) en barcazas que siguiendo el curso del río hacia el estuario llegaría al

mar. Allí, de las barcazas se podría cargar en barcos mercantes sin que nadie lo descubriera.

—Todo parece perfecto, demasiado perfecto —opinó M. P. Savage, pensativo.

—Yo lo veo muy disimulado, muy apropiado para el almacenamiento de mercancías en forma fraudulenta, a la espera de que suban los precios tras la acción criminal de defoliar los cafetos desde el aire, con una avioneta en una operación muy bien preparada y sistemática.

—Sí, pudiera ser que hubiésemos dado con la clave de todo el *affaire* del café; sin embargo...

—¿No te fías? —le preguntó Chancleta que le conocía bien, pues habitualmente trabajaban juntos. Juanito era el fotógrafo y *cameraman* de los reportajes que Savage realizaba, reportajes que por lo sinceros, fiables y altamente denunciantes, se vendían a buen precio en todo el mundo.

Y aquél era el verdadero peligro que Savage representaba, frente a los que continuamente se lucraban a costa de explotar al prójimo de una forma u otra.

—Por el río Orinoco navega una compañía fluvial que ostenta el control de la navegación —explicó Margarita—. No obstante, también circulan bastantes embarcaciones de todo tipo, comerciales y de indígenas que se aventuran en el gran Orinoco. Por estas islas se enchancha; luego, hacia Ciudad Bolívar, se estrecha y en algún punto alcanza su anchura mínima que es de un kilómetro.

—Es un río de enormes proporciones —comentó Savage—, un río al que hay que tenerle mucho respeto.

—¿Habrá caimanes? —preguntó Aria, con un ligero estremecimiento.

—Sí, sí los hay —contempló Margarita sin vacilar. Savage opinó:

—Ahora, tras la temporada de las lluvias, el río aún baja muy caudaloso y no existe el peligro de los grandes bancos de arena que hacen problemática la navegación.

—¿Qué hacemos? —interrogó Juanito.

—¿Vais a denunciarlo a la policía? —quiso saber Margarita.

—No, eso sería una tontería —dijo Savage—. No creo que exista en este país una ley que prohíba el almacenamiento de mercancías como el café. Se tendría que consultar a un abogado y no serviría de nada. El problema no es local, es internacional, y el Gobierno de Venezuela sería uno más entre los perjudicados. Esta denuncia debe formularse a nivel de opinión pública mundial. Tenemos que llevar allí las máquinas de fotografiar y la filmadora y si pasamos desapercibidos, tanto mejor. Estamos acumulando bastante material para el reportaje, pero hay que completarlo con la filmación o la

fotografía de los almacenes de café, incluyendo nombres concretos de compañías o personajes. Posteriormente, los países perjudicados por esta defolización criminal de los cafetos, ya se encargarán de la caza y captura de los criminales que ya no se detienen ante nada y es comprensible cuando hay en juego tantos y tantos millones de dólares.

—Hay que actuar cuanto antes —dijo Juanito Chancleta—. Ellos ya saben que estás haciendo el reportaje para denunciarlos.

—Aunque lo sepan, no creo que se atrevan a sacar millones de toneladas de café almacenado de forma clandestina —objetó Savage —. Se necesitaría mucho tiempo y muchos barcos para el traslado de tanta mercancía.

—¿Quieres decir que a los hombres de Sorilos no les interesa mover el café de donde está, pese a correr el riesgo de ser descubiertos a plazo breve? —preguntó Aria.

Savage asintió con la cabeza, explicando a continuación:

—Su negocio está muy acelerado; los mejores cafetos ya están muertos y la repoblación será lenta y dificultosa. Ellos sólo tienen que esperar que salgan al mercado los sacos de café almacenados de forma natural en un comercio normalizado; después ya vendrá la escasez total. Entonces será cuando ellos meterán sus zarpas, creando un mercado negro internacional. Todo está perfectamente montado y no necesitan mover la mercancía. A ellos lo que les interesa es que desaparezcan los obstáculos, los estorbos, quienes puedan perjudicarles.

—No-no-nosotros.

Todos miraron a Ricky. Savage asintió:

—Exacto, nosotros. Desde su punto de vista es más fácil eliminarnos a nosotros que mover millones de toneladas de café buscando otros almacenes donde poder ocultarlos.

—Entonces no podemos quedamos aquí a esperar que nos maten —dijo el portorriqueño.

—Emprenderemos viaje esta misma noche.

—Yo os acompaño —dijo Margarita.

—No, tú te quedas —se opuso Savage.

—¿Discriminación machista? —preguntó Margarita, molesta.

—No, simple precaución. Tengo la intuición de que habrá problemas. Juanito trató de que razonara:

—No es machismo, Margarita, pero Savage tiene razón. Si hay problemas, tú no estás preparada como *budoka.*

—Puedo aprender —insistió resuelta, apretando sus hermosos labios.

—No, Margarita, ser *budoka* no es cosa de un día ni de un año —objetó Aria con dulzura, evitando una posible enemistad entre ambas que ya se habían hecho grandes amigas.

—Ya, para ser *budoka* hay que atizar a dos hombres a la vez, como tú hiciste en el hotel

Caribeño con el negro y el mulato.

—Algo así —asintió Juanito riendo.

La chiquita venezolana suspiró ruidosamente y acabó aceptando la situación.

—Bueno, tendré que resignarme. La verdad es que me gustaría ir a *Liberty Garden* y ser una *budoka* como Aria, capaz de liarme a puñetazos con todos vosotros. A ti, Juanito, verías que nudo te iba a hacer con una de esas llaves de *Judo*…

Todos se echaron a reír francamente.

* * *

El poderoso «Daymio» rodaba rápido y seguro por la carretera que serpenteaba desde Caracas a Ciudad Bolívar en dirección sur, hacia el curso del caudaloso Orinoco al que los indios dan el nombre de Paragua, que significa *río grande.*

Moses Pacific Savage era quien conducía. A su lado viajaba la rubia y esbelta Aria y en el asiento inmediato posterior se retrepaba Juanito Chancleta con el equipo para fotografiar y filmar.

El sillón giratorio trasero iba ocupado por la gigantesca humanidad de Ricky. Este viajaba así más cómodo, pues volteando el sillón quedaba encarado con la doble portezuela posterior. Bastaba abrirla para saltar al exterior de inmediato, sin sentirse enjaulado.

Los faros habían taladrado la oscuridad nocturna, iluminando a pequeños animales que cruzaban la carretera. Incluso, habían pasado sobre una larga iguana cuya cabeza alguien debía haber atrapado con sus neumáticos anteriormente. Al paso de las horas, cómo no era probable que nadie la retirara del asfalto, quedaría convertida en una visión plana y laminada de lo que debía ser aquel reptil de carne y huevos comestibles.

Savage se salió de la carretera general que conducía a Ciudad Bolívar que tenía un importante puerto fluvial en el Orinoco.

Savage hizo un giro de volante aminorando la velocidad del «Daymio» y se introdujo por una pista forestal que no ofrecía excesivas garantías y así lo advertía un rótulo colocado junto a la misma.

—¿Adónde vamos? —preguntó Aria.

—Si se trata de una trampa y nos esperan en Ciudad Bolívar, les vamos a dar un chasco.

—¿Has escogido otro punto del río? —preguntó Juanito, desde atrás.

—Ricky, ¿vamos bien?

El gigante japonés, que observaba un plano con la ayuda de una linterna, asintió.

—Sí, sí, creo que sí.

—Savage, previendo que pasarían por grandes socavones y barrizales, hizo funcionar la suspensión hidroneumática de su gran «Daymio» y todo el automóvil se elevó, separándose de las ruedas, apartando del suelo la carrocería, el motor y todas las piezas esenciales para que no sufrieran ningún golpe.

Por aquella pista forestal, salvo que se utilizara un gran tractor o vehículo oruga, no se podía pasar. Un automóvil al uso no podía transitar por aquel lugar e incluso, determinadas marcas de *jeeps* se iban a encontrar con dificultades, por lo que Savage suponía que por aquel sendero nadie los iba a esperar.

El «Daymio» avanzó dando tumbos, taladrando, en ocasiones, la mismísima selva con sus ojos eléctricos mientras mochuelos y pájaros, asustados por lo que les debía parecer un terrible monstruo rugiente, chillaban y saltaban de una rama a otra. Los había que, en su miedo y torpeza por no ser la noche su elemento, caían mientras el «Daymio» proseguía avanzando por la difícil ruta, viendo azotada la carrocería por el abundante follaje que trataba de ocultar aquella pista forestal que cada año o dos, como máximo, tendría que ser desbrozada, pues, de no hacerlo así, la selva la devoraría con su lujuriante vegetación.

Como la velocidad no podía ser todo lo rápida que deseaban, pasaron largas horas de viaje.

Savage cedió el volante a Juanito y al asiento central pasaron él y Aria para descansar, mientras el vehículo continuaba avanzando

hacia un pequeño poblado indígena donde era seguro que nadie les estaría aguardando.

Ya de madrugada, llegaron a un poblado indígena que se recostaba junto al cauce del Orinoco. Allí había muy pocos blancos y Savage detuvo el automóvil frente a una de las escasas viviendas de ladrillo que allí había y que parecía un figón al que posiblemente acudirían algunos navegantes del río que se detenían allá para descansar sus embarcaciones o simplemente cargar los productos de las explotaciones cercanas.

El propietario del figón era un mestizo alto y simpático, de mirada franca, que les preguntó:

—¿Buscan gasolina?

—Sí, nos hará falta gasolina, pero también quisiéramos alquilar una lancha a motor.

—¿Desean navegar por el río?

—Estamos haciendo una investigación de la fauna piscícola nocturna del Orinoco —dijo Savage, mostrando las cámaras de fotografiar y filmar que Juanito Chancleta estaba descansando.

—No sé qué será eso, pero ya les buscaré la lancha.

—¿Tiene habitaciones? Hemos hecho un viaje largo y Chancleta estaba descargando.

—¿Han venido por la pista forestal del interior de la selva? —preguntó incrédulo el mestizo, mirando el gran coche.

—Sí —asintió la rubia Aria.

—Pues tienen un buen coche, otros no llegan. Ya veo que tiene seis ruedas pero así y todo, buen coche, buen coche. —Palmeó el capó, admirado por la proeza del «Daymio».

Desayunaron y durmieron en tres habitaciones distintas. Por la tarde, volvieron a comer y el mestizo, en un puerto de vigas de madera, ya les tenía preparada una lancha que no era nada espectacular, pero tenía motor y parecía flotar bien.

—Tiene un mástil y una vela. Si se estropeara el motor, dejándose llevar por la corriente del río y el viento que empuja la vela, llegarían a cualquier puerto de la orilla. Curso abajo está Ciudad Bolívar.

—Parece que nos irá bien —opinó Savage—. El río baja muy caudaloso.

—Sí, muy caudaloso. Todavía se nota que hace poco tuvimos las lluvias, pero ahora baja menos terroso y si han de buscar peces les irá mejor.

Cargaron en la lancha el equipo para poder filmar y fotografiar, incluyendo dos *flashes,* uno con batería portátil para poder filmar con una autonomía de media hora. También llevaban una .pistola para lanzamiento de bengalas lumínicas. Una vez lanzado el disparo, sólo

había que aguardar un minuto para que la zona a fotografiar quedara suficientemente iluminada para impresionar las películas de alta fidelidad que llevaban consigo.

El trabajo sería nocturno; así había estimado Savage que debía ser para evitar tropiezos.

Pusieron el motor en marcha y ronroneando fuertemente, casi de forma escandalosa, se adentraron en el río como si se dispusieran a cruzarlo. Había que tener en cuenta, cosa bastante inconcebible para un europeo, que el río tenía allí una anchura de unos cinco kilómetros.

Cuando se internaron hacia el centro del Orinoco, con la débil lancha de unos cinco metros de eslora por uno y medio de manga, Savage detuvo el motor y dijo:

—La gasolina nos hará falta luego al regreso para remontar el río.

Juanito Chancleta izó la vela y Ricky manejó el timón. Se situó a popa y con su peso logró que éste se hundiera mucho en las aguas. Allí, en el centro del caudaloso río, no se encontrarían con los caimanes, pues éstos andaban por aguas bajas, en las orillas, fangales y arenales, lugares que quedaban al descubierto o cubiertos según fuera el caudal del río o las mareas del Atlántico que se adentraba por el Orinoco y que llegaban a notarse incluso en Ciudad Bolívar pese a ubicarse ésta muchos kilómetros hacia el interior.

Se hizo rápidamente de noche y la lancha se deslizó ría abajo sin problemas, impulsada por la corriente y el viento.

Savage lo había calculado todo en el plano y les favorecía una gran luna redonda, y casi misteriosa, que hacía brillar las aguas.

—Ahí hay tierra, no está lejos —observó Juanito, que se había situado en la proa.

—Esa es la primera isla y según el mapa que me entregó Charito, la marcada es la segunda isla.

Navegaron cerca de la isla, sin acercarse a ella para no quedar varados en algún arenal. No hubo problemas; la noche era hermosa y así lo manifestó Aria.

—¡Qué bonita es la noche aquí en el Orinoco!

—Venezuela es un país grande y hermoso —opinó Chancleta.

—Tiene ya muchos pozos de petróleo en el lago de Maracaibo —comentó Savage—, pero la mayor parte del país está virgen todavía. Los venezolanos poseen riquezas inmensas en sus recursos naturales aún por explotar. Minas, maderas, y no hablemos de si se ponen a cultivar toda esta tierra tan fértil.

Dejaron la primera isla atrás, perdiendo de vista su densa vegetación que quedaba recortada contra un cielo que tenía un algo de claridad, gracias a la espléndida luna. Media hora más de navegación sin ver tierra, pues la noche no les dejaba divisar las

orillas, y Juanito Chancleta dijo de nuevo:

—Creo ver tierra; me parece que ahí delante está la isla.

—En ese caso hay que variar ya el rumbo. Si nos espera alguien, lo hará en el lado norte de la isla, puesto que nosotros venimos de la margen norte del río. Rodearemos la isla para acercarnos a ella por su lado sur, así no nos descubrirán. Ve preparando el *bo*[5] por si aparece algún caimán o anaconda, Juanito.

Al oír aquello, Aria no pudo evitar un ligero estremecimiento. No le gustaba la idea de verse engullida por alguno de aquellos monstruos que habitaban los grandes ríos amazónicos.

El río, al chocar contra la isla que se abría en punta, se bifurcaba, rodeando aquella porción de tierra que con su lujuriante vegetación quedaba por encima del nivel de las aguas del Orinoco. Siguieron navegando por el lado sur de la isla, río abajo, siguiendo el curso que terminaba en el Atlántico, al Este de Venezuela, hasta que la lancha tocó fondo arenoso y quedó varada.

—Ya no podemos seguir adelante —dijo Juanito.

—To-to-todavía hay mu-mucha agua hasta la isla.

—Sí, hay agua, pero sin profundidad —observó Savage. Se encaró con Juanito que se apresuraba a plegar la vela que les había ayudado a navegar más rápido siguiendo el cauce del río sin tener que utilizar la fuerza del motor de gasolina y le preguntó—: Si tienes que regresar al lugar de donde hemos salido, ¿podrás hacerlo?

—Sí, claro, descuida. Río arriba ya lo encontraría.

—Bien. Tú tendrás la misión de regresar con la lancha a toda costa y cuidarás de Aria. Si me veo obligado a actuar en algún lugar difícil y te doy una orden por el pequeño emisor, regresaréis, y yo ya buscaré la forma de hacerlo. ¿Comprendido?

—Sí —asintió Juanito.

—¿Te vas a arriesgas mucho? —le preguntó Aria.

—No lo sé. Hay que preparar la retirada por si la situación se pone difícil. Ricky, empujaremos la lancha hacia la isla, un poco más, para que el río no se la pueda llevar.

Savage y Ricky saltaron de la lancha y cogiéndola por la proa, la adentraron en el banco de arena hasta que quedó algo decantada. Entonces, con el agua sólo hasta los tobillos, saltaron Aria y Juanito Chancleta.

Todos cuidaron de que las máquinas no se mojaran y cargados con el equipo, se adentraron en la isla que era más bien estrecha y alargada.

M. P. Savage sabía que en un lugar como aquél se podían encontrar con gran cantidad de malignos seres, como grandes escorpiones, serpientes y arañas. No era fácil que se toparan con ningún jaguar de los que solían vivir más en el interior del Orinoco y no acostumbraban a aparecer en las islas del gran río.

No tuvieron problemas e, incluso llegaron a encontrar un sendero por el que avanzaron con cierta normalidad hasta que, en el lado norte de la isla, descubrieron un embarcadero y unos almacenes. No había ninguna luz y todo parecía deshabitado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Chancleta.

—No sé si esto es una trampa en la que nos hemos metido hasta el cuello o ahí están los almacenes donde se guarda el café que se ha de destinar al mercado negro provocado por los defoliadores de cafetos.

—Fotografiar ese embarcadero, con los almacenes, no creo que tenga interés alguno para un reportaje —opinó Aria.

—Aria, éste es un buen punto de observación —le dijo Savage—. Te vas a quedar aquí con la pistola lanza bengalas y una de las cámaras fotográficas. Tienes tu emisor y si hace falta que entres en acción, ya te llamaré por el emisor. ¿Comprendido?

—¿Vais a dejarme aquí sola? —preguntó la chica, con un mohín de disgusto. Chancleta se burló.

—¿Es que tienes miedo?

—No, pero preferiría ir con vosotros.

—Aria, aquí nos distribuimos el trabajo —le dijo Savage—. Tú no eres la clásica chica de película que ha de ser salvada en cada momento; tú eres una *budoka* y no la mujer débil que tanto y tanto han promocionado las películas americanas, de modo que como trabajamos en equipo, harás tu parte. ¿Correcto?

—De acuerdo —aceptó ella resignada, quedándose con la pistola lanza bengalas, una

de las cámaras de fotografiar y el pequeño emisor.

Los tres hombres siguieron adelante por el sendero; todo estaba tranquilo, demasiado tranquilo.

Pisando con cautela para no hacer ruido, llegaron cerca del embarcadero de maderas podridas y almacenes semiderruidos. No había señal de vida alguna, lo que hizo que Savage opinara:

—En este lugar no guardan el café. No creo que aquí hubiera garantías para el almacenaje de una materia tan delicada como es el café.

—Entonces, ¿es una trampa? —preguntó Chancleta.

—Se-se-seguro.

Mientras Ricky llegaba a aquella conclusión, una figura de ojos orientales se acercaba sigilosamente por detrás de Aria. Aquel hombre sonreía, ante lo que creía un éxito fácil.

Aria estaba quieta, muy quieta en el centro del sendero, mirando hacia el embarcadero y los destartalados almacenes que se veían simplemente como zonas oscuras.

Tras ella, el hombre que permaneciera vigilante entre las sombras, se acercó muy despacio, avanzando sobre las puntas de sus pies. Cuando estuvo casi encima de Aria, levantó su puño cerrado para aplicarle un *tettsui* sobre la nuca.

El mazazo con el puño cerrado iba a ser tan silencioso como efectivo... Llevaba machete al cinto, pero no creyó oportuno emplearlo; después de todo, Aria era una mujer, una mujer de preciosa cabellera rubia y piel tentadoramente blanca.

Cuando el *tettsui* parecía iba a surtir su efecto, Aria dio un paso de lado, hacia la izquierda.

Como si tuviera ojos en la espalda, asió el puño del atacante y haló de él al tiempo que estiraba su pierna derecha hacia el lado, volteando de esta forma al asesino.

De una forma suave, con mucha delicadeza, sin soltar el puño atrapado, saltó por encima del cuerpo caído forzándolo a colocarse boca abajo. En aquel instante, antes de que pudiera reaccionar, le aplicó un *nakato geri.*

El tacón cayó, como un mazo, justo sobre el codo del hombre y se escuchó un crujido de rotura de huesos que hizo gritar bestialmente al tailandés atacante. Aria, para que dejara de gritar, volvió a actuar.

—¡Kiaiiiií!

El *ushiro fumikomi* entró de lleno. El talón de su pie derecho conectó, en un golpe hacia abajo y de espaldas, en el entrecejo del tailandés que quedó quieto para siempre. Mas su grito ya debía haberse oído a lo ancho y a lo largo de la pequeña isla. La guerra había comenzado.

El pequeño emisor de Aria comenzó a pitar débilmente. Ella lo sacó de su bolsillo y pulsando un resorte, escuchó.

—*Día* llama a Aria, *Día* llama a Aria, cambio.

—Aria responde a *Día,* estoy bien, cambio.

—¿Qué ha pasado? Cambio.

—Me han atacado, pero estoy bien. ¿Qué hago? Es una trampa, cambio.

—Pon una bengala hacia el este, cambio y fuera.

Aria quitó el seguro de la pistola de señalizaciones cuando por el sendero vio correr hacia ella a dos atacantes provistos de machetes. Sin dudar un instante, disparó una bengala sobre ellos, dándole a uno en el pecho en el cual se ensartó, incendiándose.

El asesino mercenario cayó al suelo gritando en una agonía dolorosísima.

El otro tailandés atacó a Aria, mas ésta logró esquivar el golpe del afilado acero. Llegó hasta el caído que había perdido su machete y lo tomó como si fuera una *katana* japonesa.

Aria no era una *kendoka,* pero en *Liberty Garden* había adquirido algunas nociones del manejo del *shinai,* que, como se sabe, es la reproducción de la *katana* en bambú para practicar el arte del *Kendo.*

El mercenario y Aria cruzaron sus machetes esquivando golpes, atacando y retrocediendo ambos, si hacía falta.

El tailandés, jadeante, no tuvo tiempo de asombrarse de la agilidad y elasticidad de aquella mujer blanca. Un terrible y patético golpe indicó el fin del combate. El acero de Aria había dado justo en la frente de su enemigo que cayó al suelo muerto.

La muchacha abandonó el machete y recuperó la pistola de señales. Todavía jadeante, cargó la pistola y disparó la bengala, esta vez en la dirección que Savage le había pedido.

La bengala ascendió y luego, en arco, volvió a caer, encendiéndose e iluminando el este de la larga isla. Aria se llevó la cámara de fotografiar al rostro y comenzó a impresionar película, aunque no sabía si alguna de las fotos que tomaba servirían luego.

—¡A ellos, que no escapen! —ordenó una voz tajante y seca, autoritaria.

El disparo de la bengala había servido para despistar algo. Savage la había hecho lanzar más hacia el este donde ellos se hallaban, pero la encerrona parecía bien preparada y no tardaron en verse rodeados por hombres armados con machetes.

—¡Juanito, al sendero, rápido!

—No, no es nada —dijo Ricky.

Con raíces y tierra incluida, arrancó un arbolito de tronco recto y elevado pero no más grueso que una muñeca de hombre. Con él entre las manos, giró en redondo y derribó a tres de los atacantes.

A un cuarto le golpeó de lleno con las raíces, haciéndole gritar de dolor. Le lanzó al suelo y le aplastó con el cepellón de las raíces.

Savage esquivó varios ataques de los machetes mientras Juanito Chancleta, utilizando el *bo* que llevaba consigo y en cuyo manejo era un maestro, mantenía a distancia a dos de los asesinos.

Pinchó a uno de ellos en el abdomen, derribándolo, mientras al otro lo mantenía a raya, aunque éste consiguió partirle el *bo* en dos de

un terrible machetazo.

M. P. Savage aplicó una *ashigatana* a uno de sus atacantes cuando otro le peinaba con el filo de un escalofriante machete que estuvo a punto de separarle la cabeza del cuerpo.

Sin perder el equilibrio, girando sobre la punta de su pie izquierdo, Savage lanzó un *shuto uchi* de revés, con su mano izquierda. Alcanzó en la sien al que aún seguía con su mano el impulso del machete que había barrido en abanico, sin conseguir tocar a Savage.

Se escucharon tétricos chasquidos y algunos *kiais.*

Huesos rotos, hombres que rodaban por el suelo o saltaban por el aire...

Ricky solventaba el problema con su arbolito, ya que los atacantes iban provistos de machetes. A uno que se le acercó demasiado, aprovechando uno de sus giros, le proyectó un puñetazo de *Kempo* que le hundió la nariz y los pómulos, tumbándolo para que no volviera a levantarse.

Savage asió uno de los machetes y actuó con él como si fuera una afilada y escalofriante *katana.* La hoja del machete era más ancha y algo más corta, pero para Savage, que conocía bien el manejo de las espadas de los *samurais,* no tuvo ningún problema.

Aria, desde un plano superior, lanzó otra bengala e iluminó la escena mientras Juanito hundía el *bo* partido en el cuerpo de uno de sus adversarios.

Savage vio a tres hombres ante él; uno de ellos rugió:

—¡Savage, este es tu fin! ¡¡¡Kiaiii!!!

Y se lanzó con su machete que era especial, pues su punta era distinta a las demás.

El acero pasó rozando el pecho de Savage que saltó, doblando su cuerpo en el aire; de lo contrario no habría conseguido zafarse de aquella embestida, mortal de necesidad.

—¡Todavía no estoy muerto!

—¡Me pagarán mucho por tu cabeza! —se revolvió, furioso, el tailandés.

Savage tenía en la mano el machete y ambos cruzaron sus armas mientras Ricky atacaba a los mercenarios con las raíces del arbolito, como si fuera un matamoscas gigantesco y ellos vulgares insectos.

Se escuchó el ruido de un motor que Savage no tardó en identificar: Era un helicóptero y, al parecer, de gran potencia.

—¡¡Kiaiiii!! —volvió a rugir el tailandés atacando.

Esta vez, barrió en círculo y Savage saltó por encima de la hoja de acero al tiempo que, con el puño por el que sobresalía el mango del machete que él empuñaba, golpeó el rostro del tailandés. Este cayó al suelo de espaldas, quedando medio aturdido.

—¡Ricky, es tuyo, lo quiero vivo! —exclamó Savage corriendo,

alejándose entre la espesura.

—Ya, ya es mío —dijo Ricky acercando sus enormes manazas al tailandés.

Este al abrir los ojos, tuvo que volver a cerrarlos. La fuerza de los ciento ochenta kilos del gigante japonés cayeron sobre él.

Savage, guiado por el ruido del rotor, se metió en la selva y llegó por detrás de la cola de un helicóptero de gran radio de acción que comenzaba a elevarse.

Sin pensárselo dos veces, se metió debajo del mismo sin que llegaran a verlo y se colgó de los hierros del tren de aterrizaje. El aparato se elevó por encima del Orinoco llevando a M. P. Savage peligrosamente colgado.

Aria lanzó una nueva bengala que iluminó al helicóptero que escapaba. Juanito había llegado junto a ella y comenzó a fotografiarlo. En la película quedaba impresionada la imagen de Savage que pendía de los hierros y trataba de asegurarse en ellos para no caer. Cuando lo logró, sacó el pequeño emisor.

—*¡Día* llama a *Noche, Día* llama a *Noche,* cambio!

Su voz casi se perdía con el ruido del motor del potente helicóptero que huía tras la sorprendente paliza recibida por los guerrilleros mercenarios, a manos de los *budokas* de *Liberty Garden.*

—*Noche* oye a *Día, Noche* oye a *Día…* —respondió Juanito.

—¡Regresad a casa, regresad a casa, cambio y fuera!

El helicóptero se perdió por encima de la lujuriante selva.

CAPÍTULO IX

El helicóptero que huía de la trampa de la isla, preparada por ellos mismos, voló rozando los altos árboles de la selva. Llegó a la costa norte de Venezuela y se internó en el Mar Caribe perdiendo la costa de vista, pues en vez de seguir el curso del río hacia el este, voló hacia el norte.

Ya en medio del mar, cambió el rumbo virando hacia el noroeste. El tiempo era bueno y Savage, sentado en el tren de aterrizaje, no sentía frío. Veía deslizarse el mar rielante, bajo él. Era evidente que quienes viajaban en el aparato ignoraban que llevaban un polizón.

El aparato no voló rumbo a Caracas, sino que escapó de Venezuela dirigiéndose hacia un país centroamericano y era obvio deducir que el helicóptero debía llevar un depósito accesorio de combustible que le permitía ampliar su radio de acción, puesto que se destinaba a llevar personas y no mercancía o armamento bélico como los helicópteros de guerra.

Savage no tenía cartas de navegación aérea, pero al divisar la costa y guiándose por las estrellas, estuvo seguro de que volaban hacia Solimar, una nación de gobierno ya débil y, por lo débil, despótico ante la senilidad y casi agonía de su dictador. Savage ya había actuado en Solimar[6] para denunciar un caso de fuga de divisas a Suiza y, al mismo tiempo, su reportaje sirvió para promocionar el *Judo* entre la juventud de dicho país.

El helicóptero voló bajo, a ras de costa. Luego se internó y se situó junto a una carretera. Voló sobre ella hasta adentrarse en una amplísima quinta rodeada de árboles frondosos.

Savage vio almacenes modernos y funcionales, a juzgar por sus techumbres brillantes que habrían de reflejar el calor durante las horas de sol.

El aparato, dirigiéndose al lugar donde debía tomar tierra, sobrevoló los almacenes que exhibían luces de señalización. Savage decidió arriesgarse al observar que el helicóptero volaba bajo. Se dejó caer, tras colgarse del tren de aterrizaje. Jugaba una carta sumamente arriesgada, mas tomó aquella decisión porque había llegado a la conclusión de que en aquellos almacenes sí estaba el café comprado y preparado para la venta.

Botó sobre un techo metálico y volteó sobre sí mismo, tras colocar la cámara fotográfica, pequeña, pero de gran valor, muy

pegada a su cuerpo para que no se golpeara.

Mientras tanto, el helicóptero se alejaba, mas no para ir muy lejos, sino para llegar adonde concluían los almacenes. Rebasó una arboleda y descendió frente a una lujosa mansión.

M. P. Savage correteó por encima de las techumbres de los almacenes hasta llegar a un extremo. Se deslizó por el tubo metálico que servía para la iluminación y de este modo llegó junto a una ventana-respiradero. Se introdujo por ella saltando sobre unas cajas y se halló dentro de una nave que olía fuertemente a café.

El almacenaje era perfecto. Cajas de madera con revestimientos interiores de poliuretano y, luego, sacos adecuados, antihumedad. Allí dentro se respiraba una temperatura fresca y agradable.

Latinoamericana de Importación y Exportación Sorilos, S. A., pudo leer en las cajas de café. Se acercó a donde estaba la luz piloto y ayudado por ella y gracias a la película ultrarrápida que llevaba su cámara, fotografió el interior del almacén en general y, en concreto, algunas de las cajas.

Buscando a salida, llegó ante una puerta y en lo alto de la misma descubrió un timbre de alarma. Si la puerta se abría de improviso, la alarma sonaría. Trepó sobre una de las cajas de café y, con la mano, arrancó el grueso timbre de alarma, inutilizándolo. Después abrió la puerta, abandonando el enorme recinto donde se almacenaban miles de toneladas de café y, como aquel almacén, había muchos más. Era como si hubieran almacenado la grandiosa producción de todo el café de Brasil en un solo año, aunque aquel café había sido comprado a plantadores de distintos países para no llamar la atención acerca de su acaparamiento.

Al fin había encontrado el café oculto, dispuesto para ser vendido a más de dos mil por cien de ganancia...

—¡Alto! —conminó una voz detrás de Savage.

Savage se quedó quieto, sin moverse.

—Levanta las manos —le ordenaron a su espalda. Savage obedeció despacio.

—¿Qué buscabas?

—Algo de plata.

—Conque extranjero, ¿eh? y buscando plata, ya...

No pudo añadir más; Savage giró sobre su talón, aplicando un *empi uchi* en el rostro del vigilante. El codazo entró con una nitidez que no le permitió ni gruñir.

M. P. Savage se inclinó sobre el caído y lo desarmó, arrojando lejos la temible metralleta «Stein» que, de haber sido disparada, le habría segado a balazos. Después, le aplicó secamente una *ashigatana* en la mandíbula para que durmiera durante horas.

Cruzó la arboleda, alejándose del grupo de almacenes.

En un claro, frente a la mansión, descubrió el helicóptero. Con una larga manguera, un empleado reponía el combustible del depósito, de lo que cabía deducir que alguien estaba dispuesto a marcharse otra vez en aquel aparato, en un plazo relativamente corto.

No se apartó de la arboleda para no ser descubierto.

Fotografió el helicóptero con la mansión al fondo. Cuantas más fotos-denuncia hiciera, mejor para su reportaje, si es que llegaba a conseguirlo. En aquellos momentos estaba solo y desarmado dentro de la verdadera madriguera de aquellos criminales internacionales que no sólo habían hecho daño en un país, sino en muchos, defoliando cafetales según se había demostrado en el viaje exploratorio realizado con *Superman* Joss, del que tenía una confesión completa.

Furtivamente, se acercó a los muros de la mansión y comenzó a trepar por unos salientes que formaban ángulo entre dos paredes.

Llegó a un balcón alto y se introdujo en la casa por una alcoba sumida en la oscuridad. De pronto, se abrió la puerta que daba a un cuarto de aseo y apareció Charito que acababa de bañarse y se secaba con una gran toalla rosada.

— ¡Hola, encanto!

— ¡Savage! —exclamó atónita.

—Al fin nos vemos en una alcoba...

—Pero ¿cómo tú aquí? —balbució, parpadeando.

—No irás a gritar, ¿verdad?

Se acercó a ella rozándole la nariz con la suya. Charito vaciló y entonces notó los dedos inconfundibles del hombre en su espalda y en su cintura.

—Eres un canalla, un soberano canalla. El cheque era falso, no me lo pagaron. Debería gritar.

La mordisqueó en los carnosos y sensuales labios, puntualizando:

—Tu plano también era una trampa.

—Pero tú no lo sabías. ¡Canalla, más que canalla, me debes diez mil bolívares!

—Pobrecita, tan hermosa, tan exuberante y tan tonta...

— ¿Tonta yo?

—No irás a enfurruñarte, ¿verdad?

La besó en profundidad. Ella le agarró por el cuello y no tardó en verlo todo rojo. Comenzó a notar la falta de aire en su pecho, quiso apartarse del hombre y no pudo. Los dedos de Savage se aplicaron bajo su nuca, presionando hasta que la chica perdió el sentido.

—Lo lamento, Charito; eres una zorrilla, pero no deseo hacerte daño. No puedo dejarte gritar, dormirás un ratito.

La depositó cuidadosamente sobre la mesa y la contempló a la luz que escapaba del cuarto de aseo.

—Eres preciosa, pero tienes alma de zorra —rezongó.

Salió del dormitorio, sigiloso, y pasó a un corredor alto que daba a una baranda desde la cual se dominaba el salón principal de la mansión.

Pudo ver a cuatro hombres. Uno de ellos tenía aires de alto ejecutivo yanqui; posiblemente perteneciera a alguna financiera de las que no dan la cara pero que con, sus contratos controlan empresas internacionales con nombres apropiados según el respectivo país donde se ubiquen.

El segundo hombre era ya un anciano reseco, de pelo y bigote canoso y mirada autoritaria. También estaba allí José Schneider López, el venezolano, y el italoamericano

Pizzotto con sus inseparables gafas oscuras.

El viejo, que no era otro que Sorilos en persona y José Schneider López, parecían explicarse, justificarse, mientras el ejecutivo yanqui permanecía ceñudo y carilargo.

Ya fotografiados los cuatro, Savage se guardó la cámara en el bolsillo y descendió por la escalinata. Como siempre, se movía como un felino; no lo descubrieron hasta llegar abajo. Entonces se lo quedaron mirando perplejos y asombrados.

— ¡Savage! —exclamó José Schneider López.

— ¡El demonio en persona! —masculló Sorilos.

— ¡Yo me encargo de él! —rugió Pizzotto, echando mano a la sobaquera de donde extrajo una pistola que no llegó a disparar porque una *mawashi geri* la hizo volar, arrancándola de la mano. La punta del pie dio justo en la culata del arma con la patada en arco.

El ejecutivo yanqui se lanzó sobre Savage, pues no confiaba que los viejos pudieran dominarle.

El norteamericano recibió un *yama-zuki* que lo dejó con los ojos en blanco antes de encogerse sobre sí mismo, lanzando un terrible aullido. El doble puñetazo en *U* que era el *yama-zuki* le cazó con la derecha en el oído y con la izquierda en los testículos, cerrando así la *U* como si fuera una tenaza contundente y demoledora.

Pizzotto reaccionó, tratando de golpear a Savage. No llegó ni a rozarle y Savage fue duro con él. Primero, un *shuto uchi* sobre el labio superior y después, un *seiken,* seco y contundente, a la altura del corazón.

Las costillas cedieron bajo el tremendo puñetazo estocada de *Karate* y Pizzotto se desmoronó para no volver a levantarse.

El ejecutivo yanqui trataba de incorporarse. Savage le aplicó un *nakato geri* y el tacón de su zapato fue suficiente para dejarlo tendido.

Mientras, José Schneider López corría para recoger la pistola caída y con ella eliminar a Savage.

—¡Kiaiii! —rugió Savage sin que se oyera su voz.

Saltó volando, para caer con sus dos pies por delante sobre la

espalda de Schneider que rompió un mueble con su cabeza.

Al volverse, Savage vio que el rostro de Sorilos estaba más blanco que su cabello.

—No, no me golpee —suplicó—. A mi edad, un hueso roto es la muerte.

—Tiene miedo, ¿eh?

—Soy viejo y un golpe, a mis años... Además, no puede hacerme nada, todo el café lo he comprado legalmente.

Sorilos, el gran cacique acumulador del café, causante de la defoliación de los cafetales, para provocar el mercado negro y ganar de esta forma millones de dólares, miró asustado a los tres hombres derribados. El miedo hacía temblar sus viejos labios.

—Posiblemente usted, con buenos abogados, escape a la justicia. Los multimillonarios están acostumbrados a burlar las leyes, pero ése no es mi problema. Yo no soy la Justicia ni la Ley, tampoco un justiciero al uso; sólo soy la voz de la denuncia, la voz de la información.

—¿Cuánto quiere? Le pagaré lo que pida.

—No quiero nada de usted.

—¿Un millón de dólares? ¿Quién podría ofrecerle tanto?

—Supongo que nadie, pero es inútil.

—Dos.

—No siga.

—Tres...

—No se esfuerce, Sorilos, esta vez se ha topado usted con alguien que no se vende. Ahora, nos vamos. No me hará falta ni encañonarle con una pistola; irá cerca de mí y métase en la cabeza que bastará un solo golpe mío para que usted sea hombre muerto.

El apergaminado Sorilos sudaba; sabía que lo que decía Savage era cierto. El tailandés mercenario se lo había explicado muy bien y ahora, Schneider y Pizzotto habían regresado para contarle que la trampa tendida por los guerrilleros mercenarios no había servido de nada.

—Es inútil que me denuncie, no conseguirá nada, soy muy poderoso y algunos yanquis están conmigo. —Señaló al norteamericano, caído y encogido sobre sí mismo.

—Hay demasiados norteamericanos con las manos metidas donde no debieran, mas no por ello todos han de estar podridos.

Savage se inclinó sobre el individuo con aspecto de ejecutivo y le quitó la cartera con la documentación a nombre de Ernest Ross. Se apartó de él y le fotografió en el suelo.

—¿Qué conseguirá con todo esto? —inquirió Sorilos, sin poder cortar un convulsivo temblor de sus músculos.

—Que todo el mundo sepa quién defolió los cafetales para que el

precio del café aumentara.

—¡A mí no podrán encarcelarme en parte alguna!

—Es posible que indemnizando a los cultivadores de café perjudicados evite dar con sus huesos en una mazmorra. Ahora, vamos.

—¿Adónde?

—Afuera. Manténgase cerca de mí y no olvide de lo que es capaz un *yama-zuki.*

—¿Un qué?

—Un *yama-zuki,* la caricia doble que ha recibido el yanqui.

El cacique Sorilos miró a Ernest Ross y se estremeció de terror. Estaba seguro de que él no resistiría uno de aquellos demoledores puñetazos en *U.*

Savage condujo a Sorilos hacia el helicóptero; allí había dos empleados, mas el viejo cacique no se atrevió a alertarlos. Savage le dijo:

—Ordéneles que traigan a los tres que están dentro y que los carguen en el aparato.

—¿Para qué?

—Obedezca, Sorilos, obedezca; no me obligue a actuar.

—Hay tres tipos caídos en el salón, traedlos y cargadlos en el helicóptero —ordenó el viejo.

Los empleados de la mansión se miraron entre sí, dubitativos, pero obedecieron y, al poco, eran traídos Pizzotto, José Schneider y el yanqui Ernest Ross.

—Al yanqui dejadlo —dijo Savage—. No porque sea yanqui, pero es mejor que se quede aquí. Después de todo, su imagen también saldrá en el reportaje y en Venezuela no le podrían hacer ningún cargo criminal.

Cerró la portezuela y ordenó al viejo Sorilos:

—Siéntese al fondo y no haga que se me ocurra arrojarlo al mar.

—Sí, sí, pero no me golpee...

El helicóptero comenzó a elevarse en el cielo alejándose de la mansión junto a la cual estaban almacenadas millones de toneladas de café acaparado.

EPILOGO

El comisario Larrea, acompañado del Director General de Seguridad y un par de altas autoridades venezolanas acudió al ático en el que Savage había instalado su cuartel general para aquel reportaje.

—El imperio del café le está agradecido, Savage —le dijeron—. Sorilos no ha tenido más remedio que aceptar la entrega del café que había acaparado, en forma proporcional, a los plantadores perjudicados por la defoliación artificia!.

—El tailandés y Pizzotto han confesado en el hospital. Ustedes los *budokas,* cuando actúan, son muy duros y eso que no llevan armas —opinó el comisario Larrea.

—Pizzotto y el tailandés eran asesinos profesionales; José Schneider López un intermediario y Sorilos, el verdadero culpable.

—Hay algo más que nos han comunicado los de la *Military Police of USA*.

—¿Se refiere al robo de unos almacenes de producto defoliante bélico, sobrante de la guerra de Vietnam?

—¿Lo sabía?

—Lo intuía. Siempre hay alguien que se presta al robo si le pagan bien y Ernest Ross, el tipo que se quedó en Solimar y cuya documentación les entregué a ustedes, fue el que proporcionó el defoliante del tipo *Orange* a Sorilos y le explicó cómo debía seguirse el plan, pero esta vez se han pillado los dedos.

—Sorilos no ha dado los nombres de los yanquis implicados en el *affaire* —observó un político.

—Eso es lógico, pero han perdido la partida igualmente. Su negocio se ha venido abajo porque Sorilos se ha arrugado. Han habido demasiadas muertes y demasiados perjudicados en un negocio que, en principio, les pareció muy fácil: subir el precio del café.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. Juanito descolgó el auricular, habló por él y luego llamó a Savage.

—Es Aria, acaba de llegar a Copenhague. Ya está en su país para vivir su vida.

—Caballeros, discúlpenme, tengo que saludar y desear suerte a una excelente amiga y camarada. —Se acercó al teléfono y dijo—: ¡Hola, Aria! Antes de nada, recuerda que cuando tengas un problema debes buscarme, siempre me encontrarás, siempre. Savage está en todas partes y tampoco te olvides nunca de *Liberty Garden*…

Escuchó la voz emocionada de la joven al otro lado de la línea. Entre ellos podía haberse solidificado un amor hasta la muerte, pero la vida seguía y había que continuar la lucha. El no era un hombre normal y en el mundo había muchos oprimidos y demasiados sujetos indeseables como Sorilos y sus secuaces.

—Savage, te amo, te amo… Sé que es imposible lo que deseo, pero no puedes impedir que te ame. ¡Adiós, Savage…!

La comunicación entre Dinamarca y Venezuela se cortó.

F I N

¡LORENA

ES UN ANGEL QUE SE PASEA POR EL FANGO DE
VIDA, TRATANDO DE NO MANCHARSE CON
¡AUNQUE TODOS QUIERAN HUNDIRLA EN EL OP
BIO Y LA DESHONRA MAS ABYECTA!



¿RESISTIRÁ TANTAS ASECHANZAS?

LEA ESTE APASIONANTE RELATO DE CORÍN
TELLADO QUE EDITORIAL BRUGUERA PUBLICA
MANALMENTE, CON MULTITUD DE FOTOGRAMA

Y ESCUCHE SU VERSION RADIOFÓNICA, POR CU
QUIERA DE LAS 65 EMISORAS DE LA REM-CA
CES, A LA HORA DEL SERIAL.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTA

Notas

[←1]

Arco, en japonés.

[←2]

Se refiere al acelerador del coche. (N. del A.)

[←3]

En Venezuela, rubia. (N. del A.)



Solimar es un país centroamericano imaginario en el que la corrupción y el despotismo imperan a todos los niveles; en este país se supone que están los cerebros sin escrúpulos, ávidos de poder y lucro. (N. del A.)

[←5]

Bastón Japonés.

[←6]

Véase la novela *¡Adiós, millones, adiós!,* M. P. Savage - 7, de esta misma colección.